

Biblioteca de Patrística

**AMBROSIO
DE MILÁN**

**el misterio de la
encarnación del señor**



Ciudad Nueva

Ambrosio de Milán
EL MISTERIO DE LA
ENCARNACIÓN DEL SEÑOR

El Misterio de la Encarnación del Señor es una de las obras dogmáticas de Ambrosio. Este opúsculo, escrito a comienzos del 382, contiene una homilía pronunciada en la basílica Porciana, que fue luego reelaborada y ampliada. La segunda parte de la obra, de hecho, es un apéndice escrito por Ambrosio, a petición del emperador Graciano, para aclarar cómo el Padre (ingénito) puede ser de la misma naturaleza y sustancia que el Hijo (engendrado).

La importancia de este opúsculo es grande para la comprensión de la teología ambrosiana. La obra está íntimamente ligada con los otros dos principales escritos doctrinales de Ambrosio. Tanto es así que en algunos manuscritos se sitúa como el cuarto libro del *De Spiritu Sancto*, y en otros como el noveno libro del conjunto formado por *De Fide - De Spiritu Sancto - De Incarnationis Dominicae Sacramento*. Se trata, por tanto, de un escrito maduro, en el que el obispo de Milán aborda, en forma homilética, problemas ya desarrollados en obras anteriores; de un modo especial la refutación de la herejía apolinarista.

Ambrosio afirma la divinidad del Hijo, su eternidad, la existencia de un solo Verbo y la naturaleza corporal en Cristo. Siguiendo de cerca a Atanasio, el obispo de Milán defiende ardorosamente la fe católica en que Cristo es el Hijo de Dios nacido de María; doble condición que no compromete en ningún modo su unidad. Ambrosio pretende, ante todo, confesar y aclarar la fe, y sólo en un segundo momento se entrega de lleno, siempre cercano a la Escritura, a discutir los argumentos aducidos por los herejes.

Teólogo y pastor, hombre de gobierno profundamente enraizado en un amor ardiente a Jesucristo, Ambrosio manifiesta en las páginas de este escrito su gran talla.

La presente traducción es la primera que se publica en lengua castellana.

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Ambrosio de Milán

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR

Introducción, traducción y notas de
Carlos Granados García y Víctor Soldevilla Manrique



Ciudad Nueva

Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

© Carlos Granados García - Víctor Soldevilla Manrique

© 2005, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 84-9715-076-7

Depósito Legal: M-21.965-2005

Impreso en España

Preimpresión: MCF Textos. Madrid

Imprime: Artes Gráficas Cuesta. Madrid

*«La gloria de un hombre
depende de la honra de su padre»
(Si 3, 11)*

*A nuestros padres:
María Antonia y Eduardo,
Enrique y Pilar*

SIGLAS Y ABREVIATURAS

- BPa *Biblioteca de Patrística* (Madrid).
- CSEL *Corpus scriptorum ecclesiasticorum Latinorum* (Wien).
- DH H. DENZINGER, *Enchiridion symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, ed. P. Hünermann (Freiburg im Breisgau).
- GCS *Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderte* (Leipzig).
- PG J. P. MIGNE, *Patrologia Graeca* (Paris).
- PL J. P. MIGNE, *Patrologia Latina* (Paris).
- PLS *Patrologiae Latinae Supplementum* (Paris).

INTRODUCCIÓN

SAN AMBROSIO DE MILÁN

Ambrosio de Milán nace en Tréveris, en una fecha que se sitúa entre el 337 y el 339¹. Su padre era prefecto de las Galias, y Ambrosio se educó en el ambiente de la aristocracia cristiana de la época. Pronto, sin embargo, su tranquila existencia va a verse sacudida por un acontecimiento trágico que le obligó a trasladarse a Roma: la muerte prematura de su padre.

En Roma se halla con certeza en la Navidad del 353, cuando su hermana Marcelina recibe de manos del papa Liberio el velo de las vírgenes. Ambrosio estudia retórica y ejerce la abogacía del 368 en adelante en la prefectura de Sirmio. En torno al 370 es nombrado gobernador de Liguria y Emilia; cargo que ejerce con ecuanimidad y sabiduría.

No muchos años después muere el obispo de Milán, arriano a la sazón. Católicos y arrianos se disputan la elección del sucesor. Ambrosio, en calidad de gobernador, debe intervenir para apaciguar los ánimos entre ambos bandos. Su intervención es tan oportuna, que aun siendo sólo catecúmeno es aclamado para ocupar la sede vacante; es bauti-

1. Sobre la fecha del nacimiento, cf. A. PAREDI, *S. Ambro-*

gio e la sua età, Milano 1960, p. 17.

zado y una semana después consagrado obispo de Milán (hacia el 374²).

Ambrosio, asesorado por Simpliciano, se dedica de lleno al estudio de la Biblia, de los Padres griegos y de autores hebreos y paganos (como Plotino) para poder desempeñar su nueva misión. El estudio y la meditación de la palabra de Dios serán la fuente incesante de su actividad pastoral.

El nuevo obispo de Milán va a ejercer una notable influencia sobre el emperador Graciano (375-383), que lo considerará su maestro espiritual, y más tarde sobre Valentiniano II (383-392) y Teodosio el Grande (379-395).

Las preocupaciones principales de Ambrosio serán la lucha contra el paganismo y el arrianismo. En cuanto a su enfrentamiento con la idolatría, el episodio más destacable es la oposición de Ambrosio al traslado del Ara de la Victoria hacia el aula del Senado. Ésta había sido retirada de allí por orden de Constancio II el año 357. Unos años más tarde el emperador Juliano la había devuelto a su lugar original, pretendiendo inaugurar con este acto una vuelta a los cultos romanos y un abandono del cristianismo. Su pretensión quedará, no obstante, frustrada, ya que Graciano la vuelve a deponer el 382. Dos años más tarde los miembros del Senado con Símaco a la cabeza se dirigen al emperador Valentiniano II para pedir la recolocación del Ara en su antigua sede. La intervención de Ambrosio es aquí decisiva, impidiendo la abrogación del edicto de Graciano y por tanto manteniendo este símbolo del paganismo lejos del Senado.

La lucha antiarriana dará a Ambrosio continuos motivos de preocupación tanto dentro como fuera de Milán. En

2. Después de su consagración, Ambrosio donó a la Iglesia todos sus bienes (cf. PAULINO DE MILÁN, *Vita Ambrosii*, 38). Con respecto a la fecha de este aconte-

cimiento, Paredi propone el 7 de diciembre del 374, modificando la cronología clásica, que lo fijaba el 1 de diciembre del 373.

la misma sede milanesa se ve en la obligación de expulsar al sacerdote arriano Juliano el 376. También fuera de su territorio se va a ver envuelto en sus continuas polémicas antiarrianas³. Es conocido, por ejemplo, el episodio de la ocupación de la basílica de Milán. El templo milanés (antaño en poder arriano) había sido restituido a Ambrosio por el emperador Graciano. Muerto Graciano, Justina, madre de Valentiniano II y regente entonces, pretende devolver la basílica a los arrianos. Ambrosio y todos los fieles católicos de Milán se encierran allí cantando himnos y salmos, para impedir que los soldados de Justina la ocupen. La maniobra resulta un éxito, y la catedral permanece en manos católicas.

Los años siguientes, hasta la victoria de Teodosio, son años difíciles para Ambrosio debido al empeoramiento de las relaciones con el joven emperador filoarriano Valentiniano II, así como a la invasión de Máximo, que va a provocar la huida de la corte de Milán.

La llegada de Teodosio, hacia el cual Ambrosio sentía una gran estima, y la derrota y muerte de Máximo van a señalar el comienzo de una nueva etapa en la vida de Ambrosio. El emperador y el obispo de Milán advierten ahora de forma más urgente la necesidad de definir los límites de sus esferas de acción. La mutua estima no va a evitar, en esta búsqueda de un equilibrio, tensiones y conflictos entre ambos. En el 388 Ambrosio se enfrenta al emperador con motivo del pago por la reconstrucción de la sinagoga judía en Calínico –presuntamente incendiada por cristianos– con fondos de la comunidad cristiana. Más tarde, en el 390, impide a Teodosio la entrada en la basílica después de la ma-

3. En Sirmio, por ejemplo, donde el 376 consigue la elección como obispo de Anemio, niceno

convencido, a pesar de la oposición de la emperatriz madre, Justina.

tanza de Tesalónica, y le obliga a pública penitencia antes de readmitirle en la comunidad.

En el 392 Ambrosio intenta sin éxito la solución del cisma de Antioquía con la convocación de sínodos en Capua y Alejandría. Esta preocupación por los problemas doctrinales se compagina con un afán constante en pro de la paz entre los pueblos, una actividad incesante en el campo espiritual y un celo continuo por la formación del pueblo.

En el transcurso de un viaje en febrero del 397, cae enfermo. Fallece el 4 de diciembre del 397. Es citado entre los grandes Padres de la Iglesia, y no sin mérito: garantizó la independencia de la Iglesia con respecto al poder laico, defendió la fe católica frente a los ataques arrianos y apolinaristas y alimentó al pueblo con su doctrina ascética y espiritual.

OBRAS DE SAN AMBROSIO

La producción de Ambrosio es vastísima. Podemos dividir sus escritos en: obras exegeticas, obras morales y ascéticas, obras dogmáticas, y por último discursos, cartas e himnos⁴.

El primer grupo es el más numeroso. Se trata de unos veinte escritos que comentan episodios del Antiguo Testamento y un comentario al evangelio de Lucas en diez libros. Distingue el triple sentido clásico de la Escritura (literal, moral y alegórico) pero con una preferencia por la exégesis alegórica, tipológica y moral. La mayor parte de estos escritos proceden de homilías reelaboradas y comple-

4. Esta división es la propuesta por A. DI BERARDINO (ed.), *Patrología III. La Edad de oro de*

la literatura patristica latina, Madrid 1986, pp. 176-210.

tadas por Ambrosio. La obra exegética fundamental es el *Hexameron*, que contiene nueve homilías en seis libros, cada uno dedicado a un día de la Creación. En su obra *De Paradiso* Ambrosio comenta la narración del Génesis sobre el paraíso terrenal y el pecado original. Continuará en otro escrito con el comentario al Génesis, explicando la diferencia entre los sacrificios de Caín y Abel⁵. Muchas de estas obras están llenas de digresiones pastorales que asumen a veces tonos polémicos contra gnósticos, maniqueos, arrianos, sabelianos y fotinianos.

Las obras ascéticas y morales son seis, de ellas cuatro están dirigidas al elogio de la virginidad. El *De virginibus*, terminado en torno al 377, lo dedicó a su hermana Marcellina, y es uno de los primeros escritos ambrosianos. Particularmente famoso es su tratado (probablemente de origen homilético) *De officiis ministrorum*. En él Ambrosio instruye a los clérigos sobre su labor y su conducta tomando para ello ejemplos de la Sagrada Escritura. En otra obra, *De viduis*, Ambrosio exhorta a las viudas a permanecer en su estado viviendo santamente, pero sin condenar las segundas nupcias.

Entre las obras dogmáticas destaca el tratado *De Fide*, dedicado a Graciano, en el que Ambrosio expone en cinco libros la fe católica confutando las proposiciones arrianas. En torno al 381 Ambrosio termina otro escrito acerca del Espíritu Santo⁶, que completa las enseñanzas del *De Fide*. A principios del 382 Ambrosio escribe la obra que ocupa esta edición, y que nace de una homilía pronunciada en la

5. Nos referimos a *De Cain et Abel* (Cf. C. SCHENKL, CSEL 32-1 [1897] pp. 339-409). La obra está en estrecha relación con *El Misterio de la Encarnación del Señor*, que comienza también con un comentario al pasaje de Gn 4.

Respecto a esta temática parece advertirse un cierto influjo de Filón, que comenta ampliamente la diferencia entre ambos sacrificios.

6. La obra está traducida en esta misma colección (BP a 41).

basílica Porciana. En general las obras dogmáticas iluminan el significado de los sacramentos⁷ y los misterios cristianos, particularmente la doctrina cristológica y trinitaria.

Los discursos, cartas e himnos forman el cuarto grupo de sus obras. Su epistolario consta de 91 cartas que nos permiten conocer con detalle acontecimientos de la vida de Ambrosio⁸. El santo obispo de Milán introdujo también la costumbre de cantar himnos en la liturgia de la Iglesia, compuso gran cantidad de ellos para fiestas litúrgicas, conmemoraciones de apóstoles o mártires, horas de la jornada, exaltación de las verdades de la fe o alabanza del Señor. Sus discursos se encuadran en el contexto de la compleja trama política de la época; conservamos algunas oraciones fúnebres (en honor de Sático, ante los restos de Valentiniano o a los cuarenta días de la muerte de Teodosio) y un discurso, dirigido a los fieles reunidos en la basílica milanesa, en el que Ambrosio expone las razones para no ceder a la petición de Valentiniano II que pretendía entregar a los arrianos una iglesia para celebrar la liturgia pascual.

LA RESPUESTA DE AMBROSIO AL ERROR DE APOLINAR

El apolinarismo toma su nombre de Apolinar de Laodicea, amigo de Atanasio y firme defensor con éste de la fe

7. En su obra *De Sacramentis* (O. FALLER, CSEL 73 [1960] pp. 14-85) trata en seis homilías de la iniciación cristiana. Más tarde Ambrosio dedicará otra obra al sacramento de la penitencia para contradecir las afirmaciones de los novacianos sobre la administración de dicho sacramento. De esta

última hay una traducción en esta misma colección: BP a 21.

8. Así ocurre por ejemplo con su carta acerca de la cuestión del Ara de la Victoria (cf. O. FALLER, CSEL 82 [1968] pp. 123-127) o la matanza de Tesalónica (cf. M. ZELZER, CSEL 82 [1990] pp. 84-97).

nicena. Esta aparente ortodoxia hizo que sus doctrinas, que aparecen según Gregorio de Nacianzo hacia el 352, no levantasen al principio ninguna sospecha. Para explicar la encarnación Apolinar afirmaba que es el Verbo, de la misma sustancia que el Padre, el que vivifica un cuerpo humano tomado de la Virgen María. Pretendía así defender verdades como la impecabilidad de Cristo, la adoración de su carne o su unidad en el ser. En ambiente antioqueno se formulan las primeras reservas a Apolinar; reservas que se hacen manifiestas en el sínodo de Alejandría (362). La respuesta de los Padres a las doctrinas de Apolinar fue unánime: la negación del alma humana no respondía a las exigencias de la salvación cristiana. De hecho, la crítica ambrosiana al apolinarismo se basará en un argumento salvífico⁹.

Es cierto que Ambrosio en ocasiones simplifica la posición apolinarista: «Ambrosio de Milán contempla el problema del apolinarismo en oriente a través de la terminología latina, que expresó una interpretación estrictamente monofisita en la doctrina de la *única naturaleza*»¹⁰. Esto, sin embargo, no resta valor a la lucidez de la respuesta ambrosiana, y a la crítica que hace a dicha herejía. Estamos en los inicios de un largo camino que llevará a la elaboración precisa de términos como naturaleza, persona, unidad y otros muchos. Ambrosio se sirve en su refutación de algunos de estos conceptos. No pocos estudiosos, sin embargo, han llamado la atención sobre el hecho de que el santo obispo milanés no use el término persona (que será luego de vital importancia en la discusión trinitaria y cristológica). Parece deducirse de aquí que no lo ha considerado del todo ade-

9. Cf. *De Incar.*, 54 donde se lee: «Por tanto, tomó de nosotros lo que ofrecería como suyo por nosotros, para redimirnos con lo nuestro y conferirnos

de lo suyo lo que no era nuestro».

10. A. GRILLMEIER, *Cristo en la tradición cristiana*, Salamanca 1997, pp. 646-647.

cuado para expresar la distinción dentro de la Trinidad porque separa demasiado netamente las tres entidades divinas dentro de la unidad de naturaleza¹¹.

La obra que nos ocupa supera los límites de una mera controversia puntual, siendo una de las que permiten conocer en mayor medida el pensamiento teológico de Ambrosio¹². Se observa en su cristología un perfecto equilibrio, que le consiente distinguir en Cristo dos naturalezas y dos voluntades, sin detrimento de su perfecta unidad (cf. *De Incar.*, 35).

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR

Una respuesta doctrinal en forma de homilía

El opúsculo *Sobre el misterio de la Encarnación del Señor* pertenece a las obras dogmáticas de Ambrosio. Hay, sin embargo, en el origen de su redacción una clara motivación pastoral. Así nos lo refiere el diácono Paulino en su *Vida de Ambrosio*: «Por aquel tiempo, dos chambelanes del emperador Graciano, que eran arrianos, propusieron una cuestión al obispo mientras predicaba, y prometieron que se presentarían al día siguiente en la basílica Porciana para escuchar la respuesta: la cuestión se refería a la Encarnación del Señor. Pero al día siguiente, aquellos miserables, hinchados de soberbia, no quisieron mantener lo prometido, despreciando a Dios en su obispo, y no tuvieron en cuenta la ofensa que hacían al pueblo que esperaba, olvidando incluso las palabras del Señor: *Quien escandalice a uno de*

11. Cf. M. SIMONETTI, *La crisi ariana nel IV secolo*, Roma 1975, p. 525.

12. Cf. A. DI BERARDINO (ed.), *Patrología III*, Madrid 1986, p. 210.

*estos pequeños, es necesario que se ate al cuello una piedra de molino y sea arrojado al fondo del mar*¹³. Subidos en un carro, salieron de la ciudad para dar un paseo, mientras el obispo y el pueblo esperaban en la iglesia. Me espanto al referir cuál fue el fin de este acto de insolencia: arrojados de repente del carro, murieron y sus cuerpos fueron enterrados. Por su parte el santo Ambrosio, ignorante de lo que había sucedido y no pudiendo retener por más tiempo al pueblo, subió a la cátedra y comenzó a tratar sobre la cuestión que le había sido propuesta, con estas palabras: «Yo deseo, hermanos, pagar mi deuda, pero no encuentro a mis acreedores de ayer, etc.», según cuanto hay escrito en el libro que se titula *Sobre la Encarnación del Señor*»¹⁴.

Así pues, nuestro pequeño opúsculo contiene una homilía pronunciada en la basílica Porciana. El discurso no será sino una confesión de la fe católica sobre el misterio de la Encarnación. La obra viene luego reelaborada y ampliada por un apéndice (nn. 79-118), en el que el argumento varía. Ambrosio responderá en esta segunda parte a una pregunta formulada por Graciano: «¿Cómo pueden ser el ingénito y el engendrado de una misma naturaleza y sustancia?» (n. 79).

El porqué de un título

Es cierto que en la mayor parte de los manuscritos y antiguas ediciones la obra lleva el mismo título con el que la presentamos; título, por otro lado, tomado del mismo texto (n. 63). Sin embargo la tradición ha conocido el opúsculo con diversos nombres. Paulino y Casiodoro lo lla-

13. Cf. Mt 18, 6.

14. PAULINO DE MILÁN, *Vita Ambrosii*, 18.

man *De Incarnatione Domini*. Otros autores, como León Magno, percibiendo el estilo polémico del opúsculo, añadieron *contra apollinaristas*. Eusebio de Milán, por su parte, mantiene *De Mysterio Incarnationis Dominicae*, mientras que Juan Damasceno alarga el título introduciendo «economía» en vez de «misterio»; se refiere a él como *Liber ad Gratianum de Oeconomia Verbi Divini in Humana Carne Assumenda*.

Nuestra obra está tan íntimamente ligada a los otros dos principales escritos doctrinales de Ambrosio, que en algunos manuscritos¹⁵ viene de hecho descrita como el cuarto libro del *De Spiritu Sancto* o como el noveno libro del conjunto formado por *De Fide - De Spiritu Sancto - De Incarnationis Dominicae Sacramento*¹⁶.

¿Cuándo se compuso?

La obra se compuso, según datos que encontramos en el mismo texto, a comienzos del año 382. La segunda parte del opúsculo debe situarse entre la primavera del 381 y el 25 de agosto del 383, fecha en que muere el emperador Graciano¹⁷. Además, por los temas tratados, la composición ha de ser posterior a la publicación del *De Fide*, que tuvo lugar en el año 379¹⁸.

Un análisis minucioso de los datos que encontramos en nuestra obra nos puede ayudar a precisar más la

15. Cf. F. H. DUIDEN, *The life and times of St. Ambrose*, Oxford 1935, pp. 699-700.

16. Acerca del título de la obra cf. G. TODISCO, *Il De Incarnationis Dominicae Sacramento di S. Ambrogio*, Monopoli 1947.

17. La segunda parte de nuestra obra se dirige explícitamente a él (cf. n. 80).

18. Encontramos en muchos pasos de nuestra obra referencias explícitas al *De Fide* (cf. nn. 62, 79, 100).

fecha de redacción¹⁹. Ambrosio se propone en la segunda parte del *Misterio de la Encarnación del Señor* responder a la polémica suscitada con Paladio de Ratiaria en el concilio de Aquileya (3 de septiembre de 381)²⁰. Paladio fue condenado en dicho concilio, pero inmediatamente escribió un libro contra Ambrosio para denunciar los procedimientos allí usados y volver a exponer sus ideas. Parece que la segunda parte de la obra de Ambrosio es una respuesta al libelo de Paladio. Si esto es cierto, el escrito ambrosiano debería colocarse al menos a comienzos del 382.

Esta fecha encuentra además confirmación en otro pasaje, esta vez de la primera parte, que parece retomar algunas expresiones de Paladio. Dichas afirmaciones se refieren a la polémica entre Dámaso, papa a la sazón, y el propio Paladio. Dámaso reivindicaba, en cuanto obispo de la sede romana, una prerrogativa que hacía distinta su sede de todas las demás. Pero Paladio se mostraba en desacuerdo; a su juicio no existía privilegio alguno, ya que aquello que Jesús decía a Pedro en el Evangelio era válido para todos los obispos. En nuestra obra Ambrosio defiende la posición de Dámaso. Así, comentando la respuesta de Pedro a Jesús referida por Mateo²¹, dice que Pedro responde «ante los demás apóstoles, más aún, en nombre de los demás. Y por eso se le llama fundamento: porque supo guardar no sólo lo propio, sino también lo común» (n. 33). Es decir, que Pedro tiene una posición única respecto a los demás apóstoles, y

19. Seguimos aquí el análisis de Enzo Bellini en la introducción al volumen de la traducción italiana: AMBROSIO, *Opera omnia di sant'Ambrogio* 16. *Opere dogmatiche. Lo Spirito Santo. Il mistero dell'incarnazione del Signo-*

re, Milano-Roma 1979.

20. Para un análisis más detallado del concilio de Aquileya, cf. M. SIMONETTI, *La crisi ariana nel IV secolo*, Roma 1975, pp. 542-548.

21. Cf. Mt 16, 13.

así también Dámaso. Sería, pues, otro indicio para situar la obra en una fecha posterior al 381²².

Estructura y contenido de la obra

La obra está dividida en dos grandes partes: una de origen homilético (nn. 1-78), y otra que trata de responder a una cuestión concreta propuesta por el emperador Graciano (nn. 79-116).

La primera de ellas (nn. 1-78), que tiene como objetivo principal la refutación de las doctrinas apolinaristas, es fruto de una homilía de Ambrosio en la basílica Porciana. Comienza con una introducción (nn. 1-13) que refiere la causa de la convocatoria en la basílica: la pregunta de los chambelanes de Graciano. Ambrosio emprende su discurso constatando la ausencia momentánea de éstos (n. 1). Mientras aguarda la llegada de sus oponentes, el obispo de Milán comienza a comentar el texto litúrgico correspondiente: el sacrificio de Caín y Abel. Aplica las palabras con que Dios rechaza el sacrificio de Caín (*si rectamente ofreces y sin embargo no divides rectamente, entonces pecaste. ¡Deja de ofrecer!*²³) a todos aquellos que están fuera de la Iglesia (n. 5). A continuación enumera brevemente las diferentes herejías,

22. Se puede ver también en un pasaje de nuestra obra una alusión al concilio de Constantinopla (año 381). Los padres conciliares de Constantinopla atribuyeron al obispo de Roma un primado meramente de honor. Ambrosio, sin embargo, confiere a Pedro (y, por tanto, al obispo de Roma) un «primado de confesión ciertamente, no

de honor; primado de fe, no de orden» (n. 32). Este dato ulterior reforzaría la hipótesis de una datación cercana al comienzo del 382, posterior al concilio, e inmersa en la polémica suscitada por él.

23. Gn 4, 7. Texto recurrente en esta primera parte de la exposición.

ordenadas según el objeto de la fe que ponían en cuestión (nn. 6-11). Esta enumeración acaba con los apolinaristas, dado que eran los principales opositores (nn. 11.13).

Tras esta introducción Ambrosio se esfuerza en refutar la herejía apolinarista. Como buen jurista, Ambrosio nos introduce en el cuerpo del escrito llamando a declarar a dos testigos: los apóstoles Juan y Pedro (nn. 14-34). Son ellos los que unánimemente declaran culpables a los herejes. Apoyándose primero en la autoridad de san Juan, Ambrosio afirma la divinidad del Hijo, su eternidad, la existencia de un solo Verbo y la naturaleza corporal en Cristo (nn. 14-22). Tras un breve paréntesis (nn. 23-26), el discurso pasa en los nn. 27-34 al segundo testimonio, el de Pedro. Ambos confiesan sin ambages la divinidad del Hijo.

El discurso de Ambrosio se torna a partir de aquí más doctrinal. Siguiendo de cerca a Atanasio²⁴, el obispo de Milán defiende ardorosamente la fe católica en que Cristo es el Hijo de Dios nacido de María (nn. 35-49). Esta doble condición no compromete en ningún modo la unidad. Su doble naturaleza, sin embargo, nos obliga a distinguir las atribuciones que se le hacen en cuanto hombre y en cuanto Dios (nn. 36-45). Ambrosio recorre a continuación diversos momentos de la vida de Cristo aplicando esta distinción. Todos los herejes se equivocaron al no comprender este misterio.

El santo milanés comienza acto seguido a tratar la cuestión de la carne humana de Cristo (nn. 49-61). De nuevo el

24. Cf. ATANASIO, *Epistula ad Epictetum* (PG 26, 1049-1070). La argumentación contra la doctrina apolinarista evidencia, especialmente en los nn. 35-59, el influjo de la obra atanasiana. Abierta a la discusión está la relación con el *Tomus*

Damasi y los escritos de Apolinar de Laodicea. Cierta concordancia con el *Tomus Damasi* es evidente, pero siendo éste un documento del sínodo romano del 382, en cuya elaboración participó Ambrosio, no se puede hablar de dependencia.

adversario principal es Apolinar de Laodicea, al que cita textualmente en el n. 51. El obispo de Milán va a afirmar la unidad de sustancia del Verbo con el Padre (interpretando correctamente Nicea), así como la asunción de una carne humana tomada de María (nn. 52-53). El fin salvífico de esta economía es el eje de toda la argumentación; para salvar al hombre entero era necesaria la asunción completa de la naturaleza humana, salvando siempre la inmutabilidad del Verbo y la impecabilidad de Cristo (nn. 54-61).

En un segundo momento, después de defender la verdad de la carne de Cristo, Ambrosio proclama la asunción por parte del Verbo de un alma humana (nn. 62-78). Comienza a examinar a partir del n. 64 los motivos por los que Apolinar negaba este extremo, refutando sus argumentos. Interpreta, a continuación, la afirmación bíblica del progreso de Cristo refiriéndola a su alma humana (nn. 70-74); analiza después el problema de la unidad de Cristo en su perfecta humanidad (nn. 75-76); y muestra por último cómo la afirmación de la encarnación no menoscaba la fe en la Trinidad (nn. 77-78).

La principal preocupación de Ambrosio es la de confesar y aclarar la fe católica, que es la que permite discernir la herejía. Sólo en un segundo momento se entrega de lleno, siempre cercano a la Escritura, a tomar en consideración los argumentos adoptados por los herejes²⁵.

Ambrosio nos introduce en la segunda parte de la obra (nn. 79-116) dando razón de por qué no acaba ahí el libro. La preocupación pastoral le lleva a responder a una nueva pregunta que le ha sido planteada por el emperador Gra-

25. Es este, según E. Bellini, un procedimiento característico de los Padres en sus catequesis, especialmente en el siglo IV (cf. E. BE-

LLINI, *Struttura letteraria e teologica nella lettera CI di Gregorio Nazianzeno*, «La Scuola Cattolica», 103 [1975] pp. 464-474).

ciano: «¿Cómo pueden ser el ingénito y el engendrado de una misma naturaleza y sustancia?» (n. 79). El obispo de Milán retoma así el tema trinitario que ya había tratado en libros anteriores²⁶.

Ambrosio muestra la falsedad de la acusación que los herejes hacían a Nicea de utilizar términos no escriturísticos (n. 80). Son ellos los que basan todo su razonamiento en el término «ingénito», que no está en las Escrituras. Él, sin embargo, va a hacer referencia constante al testimonio bíblico en su argumentación. La afirmación central en este comienzo de la segunda parte es la existencia de una sustancia divina y la unidad de naturaleza del Padre, el Hijo y el Espíritu (nn. 81-88).

Opuesta a esta sentencia es la de aquellos que, partiendo de la afirmación del Padre como ingénito, lo separan del Hijo. Se basan para ello en una asimilación de los términos «ingénito» e «increado»; esta confusión les lleva a afirmar que el concepto de generación es equivalente al de creación. Así el Hijo pasaría a ser una criatura (por ser engendrado). Ambrosio se enfrenta radicalmente a esta conclusión; para él tanto el Padre como el Hijo son de una misma sustancia; la generación no implica una disimilitud entre uno y otro (nn. 89-105). Los herejes se refugian para defender sus doctrinas en la autoridad de Arrio; Ambrosio, en la del apóstol Juan (n. 92). Partiendo de este testimonio de la Escritura va a rebatir los argumentos heréticos llevándolos al absurdo (nn. 93-95). El santo milanés sigue de cerca a Basilio en su modo de argumentar²⁷; basándose en él, va a aclarar que la diferencia entre generado e ingénito implica una diferencia en el origen, pero no en la potestad ni la naturaleza (nn. 96-105).

26. Por ejemplo en el *De Fide* (PL 16, 549-726), que aquí seguirá muy de cerca en ciertos puntos.

27. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Adv. Eunom.* I, 11-16 (PG 29, 537A-548C).

Ambrosio introduce a continuación en la discusión otro grupo de herejes: los homeusianos (nn. 106-112). Éstos afirmaban una semejanza entre Padre e Hijo, pero no una igualdad de sustancia. Esta posición, según el santo, llevaría a introducir en Dios la composición, ya que hablaríamos de una semejanza accidental (nn. 107-109). La refutación de Ambrosio se va a basar en un análisis del término *Imago Dei*, que se aplica al Hijo. Esta aplicación implica que en Cristo se da una semejanza de naturaleza con Dios, y no simplemente una similitud por imitación. La primera es una semejanza esencial y perfecta, que no puede ser poseída en parte, que no puede crecer o disminuir; la segunda está sujeta a crecimiento o disminución (nn. 110-112). No es, por tanto, sólo semejante sino igual en la sustancia.

La diferencia entre el ingénito y el engendrado no impide la unidad de naturaleza y de potencia. De este modo decimos que el Hijo es, como el Padre, omnipotente. Esto mismo se puede predicar también del Espíritu (nn. 113-116).

Texto y traducción

Para nuestra traducción nos hemos servido del texto crítico, editado por Otto Faller (AMBROSIO DE MILÁN, *Sancti Ambrosii Opera IX: De Spiritu Sancto libri tres, De Incarnationis Dominicae Sacramento*, Vindobonae 1964 [CSEL 79] pp. 225-281).

Queremos manifestar nuestro agradecimiento al P. Luis Sánchez Navarro, dcjm, por la revisión cuidadosa y paciente de la traducción. Sin su apoyo y consejo, que ha guiado y acompañado siempre nuestro trabajo, no nos hubiera sido posible llevar a término esta obra. También agradecemos al P. José Granados, dcjm, su inestimable ayuda.

Ambrosio de Milán

*EL MISTERIO DE
LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR*

PARTE PRIMERA

Prólogo: el rechazo del sacrificio de Caín como prefiguración de la desaprobación divina de los herejes

I. 1. Yo deseo acuñar¹ la moneda para pagar mi deuda, pero no encuentro a mis acreedores de ayer². Quizá han pensado que nos íbamos a turbar por una reunión imprevista, pero la fe verdadera nunca se turba.

2. Así, mientras aquellos vienen, dirijamos nuestra atención a esos agricultores, que eran el tema propuesto³. Ambos ofrecen un sacrificio al Señor: uno de ellos, Caín, de los frutos de la tierra, y el otro, Abel, de las primicias de sus ovejas. No encuentro nada que reprender en el género de los dones, y sin embargo Caín supo que sus dones eran desagradables y el Señor le dijo: *Si rectamente ofre-*

1. La lectura *cudo* (acuñar) de la edición crítica es la *lectio difficilior*, que es preferible a otras dos posibles: *cupio* y *curo*.

2. Los acreedores de Ambrosio son los dos chambelanes de Graciano. Éstos habían propuesto al obispo de Milán una cuestión acerca de la Encarnación del Señor, prometiendo presentarse al día siguiente en la ba-

sílica para escuchar la respuesta de Ambrosio. Sin embargo no mantuvieron lo acordado. Ambrosio comienza su homilía con una referencia a esta ausencia (cf. p. 16).

3. El tema propuesto es el texto de Gn 4, 7, que sirve a Ambrosio para desarrollar su homilía.

*ces y sin embargo no divides⁴ rectamente, entonces pe-
caste⁵.*

3. ¿Dónde está por tanto el crimen, dónde la culpa? No en la ofrenda del don, sino en el afecto de la ofrenda. Hay algunos, es cierto, que consideran que el «rectamente» se entiende en este sentido: uno había seleccionado lo que ofrecía, y el otro ofrecía lo peor que tenía. Pero no es tan pobre nuestro sentido espiritual, de modo que consideremos que el Señor buscaba el sacrificio corporal y no el espiritual. Y por eso, añade: *¡Deja de ofrecer!*, que significa que es más tolerable abstenerse de ofrecer dones, que ofrecer dones con un interés no inspirado por la fe. Pues el que no sabe dividir, no sabe juzgar, *el espiritual sin embargo juzga todas las cosas⁶*. Y así Abraham dividió el sacrificio que ofrecía.

4. Abel supo también dividir, ya que ofreció un sacrificio de las primicias de sus ovejas enseñando que no iban a agradar a Dios los dones de la tierra, que habían degenerado en un pecador, sino esos dones en los cuales brillara la gracia del divino misterio. Así pues profetizó que nosotros habíamos de ser redimidos de la culpa por la pasión del

4. El término «dividir» tiene en Ambrosio un significado complejo. El acto de Abel que divide, es decir escoge los primogénitos de su ganado, y el de Abraham que divide la víctima que ofrece (Gn 15, 10), simbolizan el acto de discernimiento del hombre espiritual. El mismo término adquiere un significado más preciso después: dividir bien es tener la auténtica fe, no saber dividir o dividir mal es estar fuera de la fe auténtica, es decir «confundir al Hijo y al Padre» (cf.

n. 8) o «escindir el cuerpo de la Iglesia» (cf. n. 10).

5. Gn 4, 7. Este versículo en el texto hebreo masorético tiene una lectura diversa y oscura, que presenta el pecado acechando a la puerta como animal de presa. Los LXX entienden el pasaje en relación con el sacrificio de Caín, tal como hace Ambrosio (que probablemente sigue el texto de la Vulgata dependiente, en este caso, de los LXX).

6. 1 Co 2, 15.

Señor, sobre el cual está escrito: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo*⁷. Por eso ofreció también el sacrificio de las primicias, para señalar al primogénito. Manifestó, por tanto, que nosotros seríamos el sacrificio verdadero hecho a Dios; nosotros, de quienes dice el profeta: *Ofreced al Señor los hijos de los carneros*⁸. Y con razón es aprobada por el juicio de Dios la sentencia 5. que yo considero decretada en general para todos los que están fuera de la Iglesia. Pues distingo aquí la figura de muchos pueblos, a los cuales abarca la divina sentencia, y cuyos dones rechazó ya entonces en Caín⁹.

II. 6. Esta sentencia está decretada en general para todos los impíos. Así, si ofrece el judío¹⁰, que separa de Dios Padre al hijo de la Virgen María, se le dice: *Si rectamente ofreces, y sin embargo no divides rectamente, entonces pecaste. ¡Deja de ofrecer!*

7. Si ofrece un eunomiano, que partiendo de la fuente de la impiedad de Arrio se desliza en la rebosante ciénaga de su perfidia, y declara que hay que entender la generación de Cristo, la cual supera todas las cosas, a partir de tradiciones filosóficas, cuando, sin embargo, una es la razón de las cosas creadas y otra la potencia de los secretos divinos¹¹, también a él mismo se le dice: *Si rectamente ofreces y sin embargo no divides rectamente entonces pecaste. ¡Deja de ofrecer!*

7. Jn 1, 29.

8. Sal 29 (28), 1.

9. Ambrosio retoma aquí temas ya desarrollados en su obra *De Cain et Abel* II, 6.18.

10. Comienza aquí Ambrosio una enumeración de diversas herejías del s. IV. Es clásico situar entre los herejes a los judíos.

11. Ambrosio considera a Eunomio como discípulo de Arrio. Los eunomianos pretenden entender la generación de Cristo a partir de tradiciones filosóficas, y así no aceptan la diferencia entre la *ratio creaturarum* y la *secretorum potentia divinorum*, es decir la distinción entre el Padre y el Hijo.

8. Esto se le dice al sabeliano¹², que confunde al Padre y al Hijo. Se le dice esto al marcionita¹³, que considera que uno es el Dios del Nuevo y otro el del Antiguo Testamento. Se le dice esto al maniqueo y al valentiniano¹⁴, que no creyeron que Cristo asumiera la verdad de la carne humana. Pablo de Samosata y Basílides¹⁵ se incluyen también entre los destinatarios de esta sentencia.

9. Igualmente por la autoridad de la misma sentencia, son condenados los que han negado la divinidad del Espíritu Santo. De hecho, algunos de los arrianos son judíos, y algunos de los judíos son arrianos, porque, como aquéllos separan del Padre al Hijo, así también éstos separan de Dios Padre y de Dios Hijo al Espíritu.

10. También a Novato y a Donato¹⁶, y a todos los que desearon ardientemente escindir el cuerpo de la Iglesia, uno a uno se les dice: *Si rectamente ofreces y sin embargo no di-*

12. El sabelianismo concibe al Padre, al Hijo y al Espíritu como tres modos de presentarse, o tres denominaciones del único Dios, y no como tres personas realmente distintas. Por eso dice Ambrosio que confunden al Padre y al Hijo.

13. Se refiere a Marción, hereje del s. II (85-160) que radicaliza la distinción entre Antiguo y Nuevo Testamento atribuyéndolos respectivamente uno al Dios justo y creador y otro al Dios bueno y salvador.

14. El maniqueísmo de Mani (216-274), y la herejía de Valentín († 160). Este último elaboró uno de los sistemas gnósticos más influyentes en la Iglesia de su tiem-

po. Ambrosio identifica las doctrinas de ambos porque ambas niegan la verdad de la carne de Cristo. No le interesa aquí precisar o distinguir más detalles.

15. Pablo de Samosata, condenado en el concilio de Antioquía del 268. Sobre su doctrina no es fácil formarse una idea precisa. Parece que negaba la divinidad de Cristo para afirmar un monoteísmo riguroso. Basílides es otro de los herejes gnósticos renombrados.

16. Se trata también de fundadores de movimientos heréticos. De Donato, obispo de Cartago del 315 al 355, es característica su concepción restrictiva de la universalidad de la Iglesia.

vides rectamente, entonces pecaste. Pues la Iglesia es el sacrificio que se ofrece a Dios, y a la cual Pablo dijo: *Os exhorto hermanos, por la misericordia de Dios a presentar vuestros cuerpos como hostia viva y santa a Dios*¹⁷. Dividieron mal el sacrificio, por tanto, al lacerar a los miembros de la Iglesia.

Refutación de la herejía apolinarista

11. Esa sentencia golpea también a aquellos que separan el alma racional del misterio de la encarnación del Señor, tratando de separar del hombre lo que es propio de la naturaleza del hombre. Y estos quizá ofrecen rectamente a la Trinidad, pero no saben distinguir la esencia de la naturaleza humana y la divina. La naturaleza de Dios es simple, mientras que el hombre consta de alma racional y cuerpo; si quitas uno de los dos, destruyes totalmente la naturaleza del hombre.

12. Esa sentencia se enfrenta, por tanto, a todas las herejías. Éstas, aun llamándose fraternas, persiguen de un modo nada fraternal a la Iglesia. Eligiendo el nombre cristiano, y con una pretendida hermandad en la profesión de fe, desean herirnos con espadas parricidas. Porque nosotros nos «volvemos»¹⁸ hacia ellos y ellos nos dominan en este mundo, porque el pecador domina en este mundo, el justo en el reino de Dios.

13. Guardémonos por tanto, no vaya a ser que alguien intente separarte del «dormitorio» del rey eterno¹⁹, y de la

17. Rm 12, 1.

18. La imagen utilizada aquí por Ambrosio está tomada de Gn 4, 8. Abel se volvía a Caín, y Caín lo dominaba. Caín, que domina y

asesina al hermano que se vuelve a él, sirve como figura de la falsa fraternidad de los herejes.

19. Cf. Ct 3, 4.

«cámara secreta de la madre» Iglesia. Éste es el lugar hacia el que aquella alma en el *Cantar de los Cantares* dice que el Verbo la «ha introducido». Guardémonos, para no separar del *seno del Padre*²⁰ y como del *útero* y lugar escondido de la naturaleza del Padre²¹ la sustancia del Hijo Unigénito. Pongamos atención para no comprometer la generación divina con estas palabras con las que se expresa la verdad de la encarnación²²; no sea que también se diga a alguno de nosotros: *Si rectamente ofreces y sin embargo no divides rectamente, entonces pecaste. ¡Deja de ofrecer!* Es decir: si no sabemos distinguir lo que es propio de la divinidad eterna y de la encarnación, o si ponemos en el mismo plano al creador con sus obras, o si decimos que el autor del tiempo ha comenzado a ser después del tiempo. Pues no puede suceder que Aquel *por quien son todas las cosas*²³, sea una más entre todas estas cosas.

Refutación de la herejía apolinarista con el testimonio de Juan

III. 14. No quiero que nos creáis a nosotros: que se lea la Escritura. Yo no digo por iniciativa propia: *En el principio era*²⁴, sino que lo oigo. No soy yo quien lo invento, sino que leo lo que todos leemos, pero no todos comprendemos. Cuando lo leemos todos lo oímos, y sin embargo no todos lo escuchan. Algunos *tienen embotado su corazón y sus oídos oyen con desagrado*²⁵; y diciendo sus oídos, nos referimos a su afecto interior. No es la carne la que peca;

20. Jn 1, 18.

21. Cf. Sal 110 (109), 3.

22. Cf. Jn 1, 14.

23. 1 Co 8, 6.

24. La cita completa se encuentra en Jn 1, 1.

25. Mt 13, 15; Hch 28, 27; Is 6, 10.

ella cumple su oficio, y recibe lo escuchado. Es el ánimo el depravado intérprete de lo oído con toda pureza, el que rehúsa escuchar las cosas que oye, el que no quiere entender las cosas que se leen. ¿Por qué cerráis vuestros oídos como con cera y con plomo? Y sin embargo, aún así, no podéis cerraros a los beneficios del Señor y a las funciones naturales. Oís de mala gana, oís fastidiados, pero oís, para que no podáis alegar que no habíais oído.

15. Oís, por tanto, cuando leéis: *En el principio era el Verbo*²⁶. ¿Quién dice esto? Lo dice Juan, aquel pescador. Pero no lo dice como un simple pescador, sino como un pescador del afecto humano. Ya no busca pescar peces, sino «vivificar hombres»²⁷. No es cosa suya lo que dice, sino de Aquel que le dio la potestad de vivificar. Aquel pescador era antes más silencioso que los mismos peces que él capturaba, y acerca de los divinos misterios estaba mudo porque no conocía la voz de su autor. Pero «vivificado por Cristo», oyó su «voz» por medio de Juan²⁸ y reconoció al Verbo en Cristo.

16. Y por eso *lleno del Espíritu Santo*, el que sabía que el principio no es principio del tiempo, sino que está sobre todo lo temporal, abandonó lo temporal y, ascendiendo por el Espíritu sobre todo principio, dice: *En el principio era el Verbo*. Es decir, descartemos el cielo; pues aún no existía cuando *en el principio era el Verbo*. Pues si el cielo tiene principio, Dios no lo tiene, *ya que en el principio hizo Dios el cielo y la tierra*²⁹. El *hizo* y el *era*, son cosas distintas: aquello que se hace es que comienza; lo que era no tiene principio, sino que precede a todo principio³⁰. Descartemos

26. Jn 1, 1.

27. Cf. Lc 5, 10; Mt 4, 19.

28. Cf. Jn 5, 21.

29. Gn 1, 1.

30. Ambrosio desarrolla esta distinción entre *erat* y *fecit* de un modo más amplio en AMBROSIO, *De Fide* IV, 96-116.

también el tiempo, porque después del cielo comenzó el tiempo. Descartemos también los ángeles y los arcángeles, pues aunque desconozco el momento en que comenzaron a existir, sin embargo hubo un tiempo en que no existían; ya que los que han comenzado a ser, antes no existían. Por tanto, si no podemos encontrar el principio de estas cosas, que es seguro que tienen principio, ¿cómo podemos encontrar un principio al Verbo, que previene y es anterior a todo principio, no sólo de las criaturas sino también de todos nuestros pensamientos?³¹.

17. Abiertamente, por tanto, expresa Juan «la divinidad sempiterna del Verbo»³². Pero para que nadie separara³³ del Padre la eternidad del Verbo, y para que nosotros creyéramos que la eternidad del Padre y la del Verbo es la misma, aquel buen pescador añadió: *Y el Verbo estaba junto a Dios*. Es decir, lo que ha dicho hay que interpretarlo así: *el Verbo era*, como el Padre «era», porque estaba siempre con el Padre, y en el Padre y junto al Padre. Pues como del Padre leemos *era*, también del Verbo leemos *era*.³⁴

18. ¿Por qué separas al comprender lo que no separas al oír? Es propio del Verbo estar junto al Padre, como es propio del Padre estar con el Verbo. Leemos que *el Verbo existía junto a Dios*. Así que, si según tu opinión en algún momento el Verbo no existía, entonces también, según tu opinión, no existía en el principio aquel junto al cual era el Verbo. El Verbo es, sin embargo, el que me dice que era Dios; el Verbo es el que me lo hace comprender. En efec-

31. Cf. 2 Co 3, 5.

32. Cf. Rm 1, 20.

33. Cf. Jn 1, 1. Ambrosio usa aquí el verbo *dividere*, del que ya dijimos algo arriba (cf. nota 4, p. 28). Aquí el no saber dividir o di-

vidir mal es separar la eternidad del Hijo de la del Padre. Padre e Hijo son correlativos. Afirmar por tanto que el Hijo ha comenzado a existir es afirmarlo del Padre.

to, si yo creo que el Verbo es sempiterno, lo cual ciertamente creo, no puedo dudar de la eternidad del Padre, cuyo Hijo es eterno; pero si considero temporal su generación, entonces comienza a tener algo en común con nosotros, de manera que parece que el Padre haya comenzado a existir. Sin embargo, si refiriéndote al Padre no pones en discusión que comenzar a ser no es propio de Dios, entonces no puedes discutir tampoco, refiriéndonos igualmente al Padre, que es propio de Dios tener una perfección eterna. Así, para que no yerres con el uso de la palabra humana, cuando hablas de Verbo e Hijo, añadió: *Y el Verbo era Dios*³⁴.

19. Tiene lo mismo que el Padre, porque *era Dios*. ¿Cómo niegas la eternidad de Éste, al cual pertenece con el Padre el nombre único de Dios? Que no te cautive el sonido ni la similitud de la palabra: el verbo, que sucede en el tiempo, que se encierra en sílabas y está compuesto por letras es algo muy distinto³⁵. No es así el Verbo que es el Hijo, porque no es así el Padre del Verbo.

20. Hay que evitar, por tanto, que parezca que aplicamos a Aquel la cuestión de la voz corporal: Dios es incorpóreo, y el incorpóreo no tiene voz corporal. Si el Padre no tiene voz corporal, entonces el Hijo tampoco es un verbo corporal. Si el Padre no tiene cuerpo, tampoco tiene tiempo. Y si no hay tiempo en el Padre, tampoco en el Verbo. Por tanto, si no hay un comienzo temporal en el Verbo, entonces tampoco la división, ni la gradación son propias del Verbo, porque si hubiera división, entonces ha-

34. Jn 1, 1.

35. Ambrosio distingue en este párrafo el *verbum* humano del *Verbum* divino (es decir, el Hijo).

El Verbo no es una simple manifestación de la voluntad del Padre, sino uno con Él.

bría muchos verbos, y si hubiera muchos verbos, serían muchos también los hijos. Pero [sólo hay un Verbo, que excluye tanto la gradación como la división; uno según la naturaleza,

21. No preguntéis de qué clase de naturaleza. ¡No lo sé! El desconocer es aquí mucho mejor que el conocer. Sólo sé bien esto: que desconozco lo que no puedo conocer. *Lo que vimos*, dice, y *lo que oímos*³⁶. Lo dice Juan. El que «se recostó en el pecho de Cristo»³⁷ dijo que sólo conocía esto: lo que oyó y vio. Por tanto, para él fue suficiente haber oído, ¿y para mí no es suficiente?

22. Pero lo que oyó, me lo dijo; y lo que él le oyó a Cristo ¿puedo yo acaso negar que es verdadero acerca de Cristo? Por tanto, yo he oído lo mismo que oyó él; lo mismo que vio, también yo lo he oído. Aquel, ciertamente «vio»; y ¿qué vio? No vio, ciertamente, la divinidad, que según su propia naturaleza no puede ser vista. Pero Cristo, como [Juan] no podía verlo según su propia naturaleza, tomó aquello que no pertenecía por naturaleza a la divinidad, para mostrarse en una naturaleza corporal. Y, finalmente, también el Espíritu fue visto en *forma corporal*, como *una paloma*³⁸, porque la divinidad no podía ser vista en la verdad de su claridad.

IV. 23. No pretendas, por tanto, interpretar según la naturaleza, lo que no pertenece a la naturaleza divina. Pues aunque creas que Cristo asumió la carne, y ofrezcas el cuerpo que se transfigura en los altares³⁹, si no distingues, sin embargo, la naturaleza divina de la del cuerpo, también a ti se te dice: *Si rectamente ofreces y sin embargo no di-*

36. 1 Jn 1, 3.

37. Cf. Jn 13, 23-25.

38. Lc 3, 22.

39. Cf. AMBROSIO, *De Fide* IV, 124.

vides rectamente, entonces pecaste. Distingue por tanto lo que es mío; distingue asimismo lo que es suyo y propio del Verbo. Yo no tenía lo que era propio de Él, y El tampoco tenía lo que es mío. Asumió lo que es mío, para hacerme partícipe de lo que es suyo⁴⁰; lo asumió, no para que se confundiera, sino para llenarme. Si crees la asunción, pero añades falsamente la confusión, has dejado de ser maniqueo, pero no has comenzado a ser hijo de la Iglesia. 24. Si crees en la asunción del cuerpo, y añades el sufrimiento conjunto de la divinidad, apartaste, ciertamente, una parte del error, pero no el error mismo. Pues crees lo que tienes por cierto que te beneficia, y no crees lo que es digno de Dios.

25. Al contrario, si crees que el mismo Dios del Nuevo es también el del Antiguo Testamento, pero piensas que antes que su Verbo existieron los tiempos y su sucesión, entonces Valentín es más tolerable que tú. Pues éste no considera que existieran los siglos antes que Dios, sino que Dios es lo mismo que los siglos. Es menor sacrilegio, en verdad, unir los siglos a la divinidad que hacerlos anteriores a ella.

26. Por otra parte, si crees que Cristo no tuvo su inicio de la Virgen, pero sin embargo admites algún principio antes de Cristo, la distancia está sólo en el tiempo, y se da una competición en impiedad. Por tanto, negaste que es posterior a la Virgen, pero no al tiempo; yo, sin embargo, no negaré que Él es posterior a la Virgen según la asunción del cuerpo, y a la vez confesaré que es el creador del tiempo. ¿Cuál es, por tanto, tu provecho, si dices que Cristo es esta o aquella criatura? Se cambia la criatura, pero no se adora a la divinidad.

40. Nuestro autor usa una fórmula similar en AMBROSIO, *De Fide* III, 65.

Refutación de la herejía apolinarista con el testimonio de Pedro

27. Cristo no quiso ser conocido así, ni ser estimado solamente por méritos sobrehumanos. Por eso, cuando preguntó: *¿Quién dicen los hombres que soy yo?* como ellos dijera: *Unos Elías, otros Jeremías o uno de los profetas*⁴¹, no aprobó la respuesta de ninguno; pero cuando Pedro dijo: *Tú eres el Hijo del Dios vivo*⁴², alabó sólo a éste, y no injustamente.

28. Por tanto lo dice Juan, lo dice Pedro, lo aprueba Cristo, ¿y tú no lo apruebas, arriano, y no consideras que se deba creer a Juan y a Pedro, aunque nuestro Señor Jesucristo creyó que, por el testimonio de su gloria, aun ellos solos se bastaban para sostener la fe de todos? Así como para dar testimonio del Antiguo y del Nuevo Testamento Moisés se asocia con Elías, muchas veces Pedro se une con Juan⁴³.

29. Pedro dice: *Tú eres*, no dice: «Tú comenzaste a ser». Pedro dice: *Tú eres el Hijo*, no dice: «Tú eres criatura». También Juan dijo esto. Si todavía no le creíste, porque no entendiste el misterio del que se recostó sobre la Sabiduría, Pedro lo repitió; Cristo confirmó a uno y a otro; a uno con un juicio, al otro de forma mística. Por esto, él mismo añadió que «en el pecho de Cristo se recostaba»⁴⁴, para que leyéndolo tú, entiendas que su cabeza, en la cual está el principal de todos los sentidos, estaba llena de un cierto misterio de sabiduría. Pero si crees que no hay que intentar comprender el misterio, al menos no refutes el juicio. Pedro es

41. Mt 16, 13; Lc 9, 18.

42. Mt 16, 16.

43. La referencia a Moisés y Elías, presentes en el episodio de la Transfiguración (Mt 17, 3), alu-

de al testimonio que también aporta el Antiguo Testamento sobre la divinidad de Cristo.

44. Cf. Jn 13, 23-25; Mt 16, 17-19.

alabado, porque creyó que era Hijo de Dios Aquel a quien veía, porque se apartaba de las rudas opiniones de la ignorante plebe. Por eso, cuando el Señor preguntó: «Qué piensan los hombres acerca del Hijo del hombre»⁴⁵, Pedro callaba mientras decían las opiniones del vulgo.

30. ¿Callas por tanto, Simón, y mientras otros responden todavía callas, aun siendo tú mismo el *primero*⁴⁶, y el que incluso sin ser preguntado preguntas⁴⁷? ¿No temes que el Señor te reprenda por no responder a su pregunta? «Por esto», dice, «no respondo, porque no se me pregunta mi opinión, sino la opinión de otros; pues he leído: *Que no diga mi boca las obras de los hombres*⁴⁸; es obra de los perversos el divulgar las perfidias. Así que callo todavía, porque no se me pregunta por aquello que yo pienso; no pronunciaré con mis labios lo que mi espíritu no aprueba. Llegará el momento en que responda. Cuando se me pregunte mi opinión. Sólo entonces responderé, como me corresponde; puesto que lo propio es que yo afirme la fe, declare la piedad, predique la gracia».

31. Por tanto, no calla como el que es perezoso en el juicio, o tardo en el hablar, ni como el hastiado que difiere el obsequio de su voz. Al contrario, aquel que no evitaba el peligro en materia de salvación evita por prudencia el peligro de la opinión vulgar; luego, más adelante, puedes ver que saltó de la barca para salir al encuentro del Señor, no deseoso de gloria, sino prematuro en la obediencia⁴⁹.

32. Éste, por tanto, que antes callaba para enseñarnos que no debemos ni siquiera repetir las palabras de los impios, éste, digo, cuando oyó: *Vosotros, sin embargo, qué*

45. Cf. Mt 16, 13.

46. Mt 10, 2.

47. Cf. Jn 21, 21.

48. Sal 16 (15), 4.

49. Cf. Jn 21, 7.

*decís de mí*⁵⁰, al punto, sin olvidar su lugar, ejerció su primado: primado de confesión ciertamente, no de honor; primado de fe, no de orden⁵¹. Esto es como decir: «Ahora que nadie me venza, ahora es mi turno. Debo compensar lo que callé, debe ser provechoso lo que callé. Mi lengua no tiene espinas, la fe debe salir sin impedimento. Mientras unos vomitan el cieno de la impiedad proclamada, aunque ajena: los que decían que *Cristo era Elías, o Jeremías o uno de los profetas*⁵² –esa voz tuvo cieno y tuvo espinas–; mientras otros, entre tanto, lavan este cieno, y en otros se arrancan estas espinas, que nuestra voz lo proclame diciendo: «Cristo, Hijo de Dios». Mi palabra es pura, en ella ninguna expresión de impiedad ha dejado tras sí espinas».

33. Éste es Pedro, que responde ante los demás apóstoles, más aún, en nombre de los demás. Y por eso se le llama *fundamento*⁵³: porque supo guardar no sólo lo propio, sino también lo común. Cristo le confirmó y *el Padre se lo reveló*⁵⁴. Pues el que habla de verdadera generación del Padre, lo recibe del Padre, no lo toma de la carne.

V. 34. †La fe es por tanto el fundamento de la Iglesia, Pues no se dijo acerca de la carne de Pedro: *Las puertas de la muerte no prevalecerán sobre él*⁵⁵, sino acerca de su fe, ya que la confesión vence al infierno. Y esta confesión no excluye sólo una herejía. De hecho, a la Iglesia, como buena nave que es, la golpean a menudo numerosas olas, y el fundamento de la Iglesia debe ser, por tanto, capaz de hacer frente a todas las herejías.

50. Mt 16, 15.

51. Para un estudio detallado de este controvertido párrafo (en el que se ve una oposición al canon III del concilio de Constantinopla) ver R. GRAYSON, *Le prê-*

tre selon saint Ambroise, Louvain 1968, pp. 197-208.

52. Mt 16, 14.

53. Mt 16, 18.

54. Mt 16, 17.

55. Cf. Mt 16, 18.

Cristo, Hijo de Dios e hijo de María

35. Se me pasaría un día antes que acabara de dar los nombres de los herejes y de las diversas sectas. A todas las refuta sin embargo esa fe común en que «Cristo es Hijo de Dios»⁵⁶; y no sólo el Hijo sempiterno del Padre sino también el nacido de la Virgen. El santo profeta David lo describe como un gigante, por ser uno solo, de una biforme y doble naturaleza, participe de la divinidad y del cuerpo; el que *como el esposo que sale de su tálamo, exulta como un gigante para recorrer su camino*⁵⁷; el esposo del alma en cuanto Verbo y el gigante de la tierra, porque para realizar su misión en nuestro provecho, aunque desde siempre era Dios eterno, asumió el misterio de la encarnación, no dividido, sino uno; porque ambas cosas son uno y uno es en ambas cosas, esto es, ya sea en la divinidad o en el cuerpo. No es por tanto uno del Padre y otro de la Virgen, sino el mismo, que procede de una manera del Padre, y de otra de la Virgen.

36. Una generación no compromete de antemano a la otra generación, ni la carne a la divinidad, de modo que tampoco la prenda⁵⁸ al Padre, ni la voluntad a la pasión, ni la pasión a la voluntad. Él mismo, por tanto, padecía y no padecía, moría y no moría, era sepultado, y no era sepultado, resucitaba y no resucitaba; Él, que resucitaba su propio cuerpo; porque resucita lo que muere, y lo que no muere no resucita. Resucitaba, por consiguiente, según la carne, ya que ésta, estando muerta, resucitó; no resucitaba según el

56. Referencia de Ambrosio a la fe expresada en el *Symbolum Quicumque* pseudo-Athanasianum 30 (DH 75).

57. Sal 19 (18), 6.

58. El término *pignus*, que traducimos literalmente como *prenda*, es aplicado por san Ambrosio al Hijo.

Verbo, el cual no se había disuelto en la tierra, sino que siempre permanecía junto a Dios.

37. Por tanto, moría según la asunción de nuestra naturaleza, pero no moría según la sustancia de vida eterna; y padecía según la pasión del cuerpo, para que se creyera la verdad de la asunción del cuerpo, pero no padecía según la divinidad impasible del Verbo, porque está exenta de todo dolor⁵⁹. Finalmente Él mismo decía: *Dios, Dios mío vuelve a mí tu mirada, ¿por qué me has abandonado?*⁶⁰, porque el que según la divinidad no podía ser olvidado ni abandonado, fue abandonado según la carne⁶¹.

38. Él dijo también: *Lejos de mi salvación las palabras de mis delitos*⁶². Es decir: «Que no se deje engañar el que oye *¿por qué me has abandonado?*, sino que comprenda que según la carne se dicen estas cosas, que son *con mucho* ajenas a la «plenitud de la divinidad»⁶³. Pues, las *palabras de los delitos* son extrañas a Dios, porque le son extraños también los delitos de las palabras. Pero como asumí los delitos ajenos, también asumí las palabras de los delitos ajenos, de modo que digo que estoy abandonado del Padre, yo que estoy siempre *junto a Dios*»⁶⁴.

39. Por consiguiente, era inmortal en la muerte e impasible en la pasión. En efecto, en cuanto Dios no probó las tribulaciones de la muerte; y sin embargo en cuanto hom-

59. Cf. ATANASIO, *Epistula ad Epictetum* VI, 6-7 (PG 26, 1060C); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VIII, 6-7 (K. HOLL, GCS 25 (1915) p. 423, 19-22). La obra de Epifanio se encuentra también en PG 41-42; citamos según la edi-

ción crítica publicada en GCS.

60. Sal 22 (21), 2.

61. Cf. AMBROSIO, *De Fide* 1, 92.

62. Sal 22 (21), 2b.

63. Cf. Col 2, 9.

64. Cf. Jn 1, 1.

bre los infiernos le vieron⁶⁵. Por último *exhaló el espíritu*⁶⁶; no lo perdió, sino que lo *exhaló*, como quien es libre para dejar o tomar el cuerpo. Colgaba en la cruz, y ponía en movimiento el universo; temblaba en el leño el que hacía temblar a todo este mundo; estaba entre suplicios, sufría heridas, y donaba el reino celeste; hecho el pecado de todos, lavaba los pecados del género humano⁶⁷. Por último murió –y lo digo aún una segunda y una tercera vez con gritos de alegría: «Murió»–, para que su muerte se convirtiera en vida para los muertos.

40. Pero su sepultura fue también milagrosa. Pues tras ser ungido por José y sepultado en su sepulcro, el mismo difunto abría con una acción totalmente nueva los sepulcros de los difuntos⁶⁸. Y aun cuando su cuerpo yacía en el sepulcro, Él mismo sin embargo, *libre entre los muertos*⁶⁹, donaba la remisión a los que estaban en el infierno, destruyendo la ley de la muerte. Su carne estaba en el sepulcro, pero su poder obraba desde el cielo. Se mostraba a todos, por medio de la verdad del cuerpo, que la carne no era el Verbo, sino que la carne era del Verbo⁷⁰. La carne por tanto «gustó la muerte»⁷¹, pero *el poder de Dios* permaneció impasible; pues aunque abandonó el cuerpo, ningún daño puede provocarle a Dios un cuerpo.

41. ¿Por qué atribuyes a la divinidad las tribulaciones del cuerpo y unes la debilidad del dolor humano a la natu-

65. Cf. ATANASIO, *Epicteto* V, 8 (PG 26, 1060A); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VII, 8 (GCS 25, p. 423, 2).

66. Mt 27, 50.

67. Cf. ATANASIO, *Epicteto* X, 4-5 (PG 26, 1065D); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, XII, 4-5

(GCS 25, p. 426, 17-24).

68. Cf. Mt 27, 59-60.

69. Cf. Sal 88 (87), 6.

70. Cf. ATANASIO, *Epicteto* VI, 2 (PG 26, 1060B); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VIII, 2 (GCS 25, p. 423, 5-9).

71. Cf. Hb 2, 9.

raleza divina? *Ahora mi alma*, dice, *está turbada*⁷²; *el alma está turbada*, no la Sabiduría. Pues la Sabiduría permanecía inmutable, aunque rodeada con el velo de la carne. Ya que, en aquella «forma de siervo»⁷³, era «plenitud de luz»⁷⁴ verdadera, y cuando se «anonadó», era «luz»; y así decía: *Caminad, mientras tenéis luz*⁷⁵. Y cuando estuvo en la muerte, no estaba en las sombras, y por eso también a los que estaban en el infierno les derramaba la luz de la vida eterna. Irradiaba también allí *la luz verdadera*⁷⁶ de la Sabiduría; iluminaba el infierno, pero no se dejaba encerrar por el infierno. Pues, «¿cuál es el lugar propio de la sabiduría?». Y dice el justo: *¿Desde cuándo se adquiere la Sabiduría? ¿Cuál es la sede de la disciplina? El hombre desconoce su camino y ella no se halla entre los hombres*⁷⁷.

42. Por consiguiente ni en tiempo ni en lugar alguno se encuentra la Sabiduría. *Desde cuándo* significa tiempo; pero ¿cómo estará en el tiempo la que *existía en el principio*?⁷⁸ ¿Cómo estará en un lugar, la que *estaba junto a Dios*? Si se pregunta por el Hijo Unigénito, se le encuentra, según el espíritu evangélico, en *el seno del Padre*⁷⁹. ¿Acaso consideráis el seno del Padre un lugar, y preguntáis de qué modo nació, aun cuando el profeta dice: *El hombre desconoce su camino*⁸⁰? Y ¿acaso estimas su nacimiento a modo humano, aunque Job dice: *Entre los hombres no se halló*⁸¹? ¿Y atribuíis la muerte a la Sabiduría, de la cual *el abismo dice: No está en mí, el mar dice: No está conmigo*⁸²? No dice el cielo: «No está en mí», sino que es *el abismo quien dice: No está en mí*. Pues

72. Jn 12, 27.

73. Cf. Flp 2, 7.

74. Cf. Jn 1, 7; 1, 16.

75. Jn 12, 35.

76. Jn 1, 9. Cf. *Tomus Damasi* 14 (DH 166).

77. Jb 28, 12-13.

78. Jn 1, 1.

79. Jn 1, 18.

80. Jb 28, 13.

81. Jb 28, 14.

82. Jb 28, 14.

no dijo al abismo, sino al Padre: *En tus manos encomiendo mi Espíritu*⁸³. La misma alma, aunque estuvo en el abismo, ya no está allí, pues está escrito: *Porque no abandonarás mi alma en el infierno, ni dejarás a tu santo ver la corrupción*⁸⁴.

43. El mar, por tanto, dice: *No está conmigo*. Se refiere a nuestra vida agitada por las olas del mundo; pues no está *entre los hombres* su carne, porque *según la carne ya no conocemos a Cristo*⁸⁵. La tierra dice: *No está conmigo*, porque *resucitó*; y el ángel añade: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?*⁸⁶. Y bien dijo el mar: *No está conmigo*, porque estaba *sobre el mar*⁸⁷; y así más tarde, cuando caminaba sobre el mar con los pies de su cuerpo, mandó también a Pedro, que se había lanzado al mar, caminar sobre el mar. Éste, si bien es cierto que tembló, titubeó, sin embargo, no por la inestabilidad del que mandaba, sino por la pequeñez del que obedecía.

44. Por tanto, no mezcles con el «splendor de la gloria»⁸⁸ la negrura de nuestra naturaleza, no eclipses la luz con la niebla de la carne humana. Si al afirmar su pasión, no distingues adecuadamente lo que es susceptible de padecer, entonces has refutado la piedad del Señor, has negado tu salvación. Por tanto debemos considerar necios a los que, oyendo que el Hijo de Dios dice: *¿Por qué me pegas?*⁸⁹, consideran que es sujeto de la injuria en su naturaleza divina. En efecto, dijo: *¿Por qué me pegas?*, pero la naturaleza divina no sentía el golpe. Dijo: *Ofrecí mi espalda a los flagelos, y mis mejillas a las bofetadas, mi rostro no aparté del ultraje de los escupitajos*⁹⁰. Pero habló de «espalda», «meji-

83. Lc 23, 46.

84. Hch 2, 26; Sal 16 (15), 10.

85. 2 Co 5, 16.

86. Lc 24, 5.

87. Cf. Mt 14, 25.

88. Cf. Hb 1, 3.

89. Jn 18, 23.

90. Is 50, 6.

llas» y «rostro», es decir, partes del cuerpo humano. Pues lo que la carne del Verbo padecía, o el Verbo de Dios permaneciendo en la carne –según está escrito: *Cristo padeció en la carne*⁹¹–, lo refería a sí mismo por razón de la asunción del cuerpo; sin embargo, Él asumió las cosas que eran nuestras, y revistió con sus propiedades las cosas humanas.

45. Verdaderamente, por tanto, la carne padeció según su naturaleza, sin que por el padecer corporal se mudara la naturaleza del Verbo⁹². Pues como nuestra resurrección es verdadera, así es también verdadera la pasión de Cristo que se predica.

VI. 46. Pues no es verdad, como dicen algunos, que padeció en apariencia, porque tampoco en apariencia «caminó sobre el mar»⁹³, como se dice en el evangelio que pensaron los discípulos; a ellos, sin embargo, se los excusa: *Porque no se les había dado el Espíritu, pues todavía no había sido glorificado Jesús*⁹⁴. Pero respecto a nosotros Cristo ya ha sido crucificado y ha resucitado; a nosotros ya se nos da el Espíritu, garante de la verdad⁹⁵. Tanto es así, que los discípulos algunas veces erraron, para que nosotros después no pudiéramos ya errar. Por tanto, su error fue provechoso para nosotros; como hombres erraron, como discípulos creyeron.

47. Por consiguiente, debemos condenar tanto a los que afirman que el Señor Jesús vino en apariencia, como a aquellos que, según la línea adversa del error, dicen que el Hijo de Dios no es uno y el mismo, sino que uno es el naci-

91. 1 P 4, 1.

92. Cf. ATANASIO, *Epicteto* VI, 4-5 (PG 26, 1060B-C); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VIII, 4-5 (GCS 25, p. 423, 13-18).

93. Mt 14, 26.

94. Jn 7, 39.

95. Cf. Jn 16, 13. Cf. ATANASIO, *Epicteto* VII, 1-2 (PG 26, 1061A-B); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, IX, 1-2 (GCS 25, p. 423, 28-32).

do de Dios Padre, y otro el engendrado de la Virgen; cuando, sin embargo, dice el evangelista: *El Verbo se hizo carne*⁹⁶, para que creyeras que el Señor Jesús es uno y no dos.

48. También algunos creyeron que «uno es el Verbo de Dios, otro el verdadero Hijo de Dios»⁹⁷, aun cuando el evangelista testimonia que Aquel que *en el principio era el Verbo junto al Padre, vino a los suyos*⁹⁸.

Hay otros que consideraron que el Verbo se unió a Cristo «como a uno de los profetas», y no que «Él mismo es el Verbo de Dios». Pero de ninguno de los profetas se ha dicho que *el Verbo se hizo carne*⁹⁹; ninguno de los profetas *quitó el pecado del mundo*¹⁰⁰; de ningún otro se dice: *Este es mi Hijo, el amado, en el que me he complacido*¹⁰¹; de ninguno de los profetas leemos que sea «señor de la majestad», porque de Cristo dijo el Apóstol que los judíos «crucificaron al Señor de la majestad»¹⁰².

La carne de Cristo no es una sola cosa con su divinidad

49. Pero mientras argüimos a éstos, emergen otros que dicen: «La carne del Señor y la divinidad son de una sola naturaleza». ¿Qué infiernos han vomitado tan gran sacrilegio? Todavía son más tolerables los arrianos, cuya herejía crece en fuerza gracias a éstos; precisamente al pretender

96. Jn 1, 14.

97. Ambrosio se enfrenta a posturas como la de Marcelo de Ancira. Continúa usando en su argumentación doctrinas atanasianas (cf. ATANASIO, *Epicteto* II, 10 (PG 26, 1053C); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, IV, 10 (GCS 25, p. 420, 6-10).

98. Cf. Jn 1, 11.

99. Jn 1, 14.

100. Jn 1, 29.

101. Mt 3, 17.

102. 1 Co 2, 8. Cf. ATANASIO, *Epicteto* X, 11 (PG 26, 1068C); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, XII, 10 (GCS 25, p. 427, 11-19).

ellos decir que la divinidad del Señor y su carne son de una sola sustancia, los arrianos afirmaron con mayor fuerza que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son de una sola sustancia. Por eso, cuando aquellos dicen que el Verbo se convirtió en carne, cabellos, sangre y huesos, y que mudó su naturaleza propia, se da lugar, interpretando torcidamente, a atribuir la debilidad de la carne a debilidad de la divinidad, realizándose una cierta mutación de la naturaleza divina¹⁰³.

50. Hay también algunos que avanzaron tanto en la impiedad que piensan que «la divinidad del Señor se disminuyó, y que de perfecta se hizo imperfecta, y que en el madero no pendía la carne, sino aquella sustancia divina operadora de todas las cosas solidificada en una apariencia de carne». Verdaderamente, ¿quién no se horroriza, cuando oye: «El Verbo se hizo una carne pasible no de la Virgen María, sino de la divina sustancia»? Atribuyéndole esto se deslizan en el error de pretender que el cuerpo del Señor no fue asumido en el tiempo, sino que fue desde siempre coeterno con el Verbo de Dios¹⁰⁴.

51. Todo esto lo han provocado los que dijeron que la divinidad y la carne del Señor pertenecían a una sola naturaleza. Pues he leído –lo que no creería si yo mismo no lo hubiera leído–, he leído, digo, en los libros de alguno de ellos, esto: «El instrumento y aquel por quien el instrumento era movido, pertenecían en Cristo a una sola naturaleza»¹⁰⁵. He

103. Cf. ATANASIO, *Epicteto* II, 3 (PG 26, 1052C); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, IV, 3 (GCS 25, p. 419, 3-6).

104. Cf. ATANASIO, *Epicteto* II, 4-5 (PG 26, 1053A); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, IV, 4-

5 (GCS 25, p. 419, 8-14).

105. Ambrosio está citando a Apolinar (cf. H. LIETZMANN, *Apolinaris von Laodicea und seine Schule*. Texte und Untersuchungen I, Tübingen 1904, pp. 235, 26 - 236, 2).

querido citar estas palabras, para que a partir de las cosas escritas, se deduzca el nombre del autor, y se comprenda que la fuerza de la verdad no puede ser obstaculizada con argumentos y palabras adornadas, por muy refinadas que éstas sean.

52. Y éste me recuerda frecuentemente, que él se atiene al decreto del Concilio de Nicea¹⁰⁶. Pero en aquel decreto nuestros Padres dijeron que el Verbo de Dios, y no la carne, es de la misma sustancia que el Padre, y confesaron que el Verbo procedía de la sustancia paterna, pero la carne es de la Virgen. ¿Cómo, por tanto, usan como pretexto el nombre del Concilio de Nicea e introducen cosas nuevas, que nuestros Padres nunca aprobaron? Puesto que las Escrituras dicen claramente: *Cristo padeció según la carne*¹⁰⁷, no según la divinidad, y las Escrituras dicen: *La virgen concebirá en el vientre y dará a luz un hijo*¹⁰⁸. Pues recibió la fuerza¹⁰⁹ y dio a luz un hijo¹¹⁰, al cual tomó de sí misma¹¹¹.

53. Finalmente, también Gabriel declara esto con sus palabras al decir: *Y lo que nacerá de ti será santo, y se llamará hijo de Dios*¹¹². «De ti» dice, para que advirtieras que lo que de ella nacerá será humano; pues María engendró de sí misma, para que lo que fue generado de ella tuviera en sí mismo una verdadera naturaleza corporal, salvando siempre la prerrogativa de la encarnación del Señor. Pero también Pablo dice que está predestinado *para el evangelio de Dios, el cual, añade, había prometido antes por los profetas, acerca de su Hijo, hecho de la descendencia de David según la*

106. Apolinar, que sigue siendo aquí el contrincante cuyo nombre no se cita, había sido uno de los defensores más acérrimos del Concilio.

107. 1 P 4, 1.

108. Mt 1, 23.

109. Cf. Lc 1, 35.

110. Cf. Lc 2, 7.

111. Cf. ATANASIO, *Epictero* IV, 2 (PG 26, 1056 B-C); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VI, 2 (GCS 25, p. 421, 9-12).

112. Lc 1, 35.

*carne*¹¹³; y a los Gálatas: *Cuando se cumplió la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer*¹¹⁴; y a Timoteo le dijo: *Haz memoria de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, de la descendencia de David*¹¹⁵.

54. Por tanto, tomó de nosotros lo que ofrecería como suyo por nosotros, para redimirnos con lo nuestro y conferirnos de lo suyo lo que no era nuestro, por su divina generosidad¹¹⁶. Por tanto, se ofreció según nuestra naturaleza, para realizar lo que está por encima de nuestra naturaleza. De lo nuestro ofreció el sacrificio; de lo suyo nos confirió el premio. Y muchas cosas encontrarás en Él tanto según nuestra naturaleza como por encima de nuestra naturaleza. Pues según la condición del cuerpo estuvo en el útero, nació, fue amamantado, fue colocado en el pesebre; pero por encima de esta condición [humana] la Virgen lo concibió y la Virgen lo engendró. Para que creyeras que era Dios el que renovaba nuestra naturaleza, y que era hombre el que según la naturaleza nacía de hombre¹¹⁷.

55. Pues tampoco es que, como algunos interpretaron, se transformara la naturaleza misma del Verbo, la cual es siempre inmutable, según él mismo dijo: *Miradme, mirad que yo soy y no he cambiado*¹¹⁸. También Pablo dijo: *Jesucristo ayer y hoy, es el mismo por los siglos*¹¹⁹, esto es: Él no cambió según la naturaleza de la carne, sino que permaneció inmutable, incluso en la misma cualidad mudable de la condición humana.

113. Rm 1, 2.3.

114. Ga 4, 4.

115. 2 Tm 2, 8.

116. Cf. ATANASIO, *Epicteto* V, 2 (PG 26, 1057B); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VII, 2-4 (GCS 25, p. 422, 8-10).

117. Cf. ATANASIO, *Epicteto* V, 4-7 (PG 26, 1057C-1060A); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VII, 4-7 (GCS 25, p. 422, 21 - 423, 1).

118. Mt 3, 6.

119. Hb 13, 8. Cf. AMBROSIO, *De Fide* V, 24-25.

56. Por consiguiente, habéis aprendido ya que Él ofreció el sacrificio de lo nuestro. Pues ¿cuál era la causa de la encarnación, sino que la carne, que había pecado, fuera redimida por medio de ella misma? Lo que había pecado, por tanto, fue lo redimido. Por consiguiente, no fue inmolada la divinidad del Verbo, porque no había pecado la divinidad del Verbo. Y por eso no se convirtió en naturaleza carnal la naturaleza del Verbo; porque la divinidad, inmune al pecado, no debía ofrecerse por el pecado que no había cometido¹²⁰. Pues Cristo ofreció en sí mismo lo que vistió, y vistió lo que antes no tenía. Por tanto, aquel en el que estaba la *plenitud de la divinidad*¹²¹ eterna no vistió de su divinidad la divinidad, sino que asumió la carne, para desvestirse de los despojos de la carne, crucificar en sí mismo¹²² el botín del diablo y alzar los trofeos de la virtud¹²³.

57. Por tanto, si la carne de todos también en Cristo estuvo sometida a la injuria, ¿cómo decís que aquella es de la misma sustancia que la divinidad? Pues si son de una sola sustancia el Verbo y la carne, cuya naturaleza es terrena, y si son también de una misma sustancia el Verbo y el alma, que Él asumió perfecta de la naturaleza humana, y si también el Verbo es con Dios una misma sustancia, según la confesión del Padre¹²⁴ y la afirmación del mismo Señor, que dice: *Yo y el Padre somos uno*¹²⁵; si esto es así, se predica que el Padre es de una misma sustancia que el cuerpo terreno. ¿Y todavía os indignáis con los arrianos, porque dicen que el Hijo de Dios es criatura, cuando vosotros mis-

120. Cf. ATANASIO, *Epicteto* IV, 9-10 (PG 26, 1057A-B); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VI, 9-10 (GCS 25, p. 421, 34 - 422, 5).

121. Col 2, 9.

122. Cf. Col 2, 14-15.

123. Cf. ATANASIO, *Epicteto* VI, 7 (PG 26, 1060C-1061A). EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VIII, 7 (GCS 25, p. 423 22-25).

124. Cf. Mt 3, 17.

125. Jn 10, 30.

mos decís que el Padre es de la misma sustancia que las criaturas?

58. ¿Qué otra cosa hacéis al decir eso, sino equiparar el «barro de Adán»¹²⁶ y nuestra tierra a la sustancia divina, o bien hacer pasar a la divinidad por la injuria de la corrupción terrena? Pues diciendo: «el Verbo se hizo carne y huesos», verdaderamente decís que se convirtió en tierra, porque la carne y los huesos son de tierra¹²⁷.

59. «Está escrito», dicen¹²⁸, que *el Verbo se hizo carne*¹²⁹. Que está escrito no lo niego. Pero considera lo que sigue; pues dice: *y habitó entre nosotros*¹³⁰. Aquel Verbo que tomó carne, éste habitó entre nosotros; esto es, habitó en carne humana, y por eso se le llamó *Emmanuel*¹³¹, es decir *Dios con nosotros*. Por tanto esto de *el Verbo se hizo carne* vale por «se hizo hombre», como también en Joel se dice: *Derramaré mi Espíritu sobre toda carne*¹³². Pero no se promete que se va a derramar la gracia espiritual sobre la carne irracional, sino sobre los hombres.

60. Porque si os atenéis a la letra, hasta pensar a partir de eso que está escrito: *El Verbo se hizo carne*¹³³, que el Verbo de Dios se convirtió en carne, ¿negaréis que está escrito del Señor: *Él no cometió pecado, sino que fue hecho pecado*¹³⁴? Por tanto, ¿se convirtió en pecado el Señor? No es así, sino que

126. Cf. Gn 2, 7.

127. Cf. ATANASIO, *Epicteto* IV, 4-6 (PG 26, 1056C-1057A). EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, VI, 4-6 (GCS 25, p. 421 16-25).

128. La cita, textual pertenece a Apolinar en su tratado *De fide et incarnatione* 5, 6 (esta obra de Apolinar fue falsamente atribuida

a Atanasio para ocultarla de sus adversarios); para el texto cf. H. LIETZMANN, *Apolinaris*, Tübingen 1904, p. 196, 18.

129. Jn 1, 14.

130. Jn 1, 14.

131. Mt 1, 23; Is 7, 14.

132. Jl 2, 28.

133. Jn 1, 14.

134. 1 P 2, 22; 2 Co 5, 21.

se le llamó pecado porque asumió nuestros pecados. Pues también al Señor se le dice *maldición*¹³⁵, no porque se convirtió en maldición, sino porque él mismo asumió nuestra maldición; pues *maldito es el que pende del madero*¹³⁶. ¿Te admiras, por tanto, de que esté escrito: *El Verbo se hizo carne*¹³⁷, porque la carne fue asumida por el Dios Verbo, cuando acerca del pecado, que no tuvo, está escrito: *Se hizo pecado*¹³⁸? Esto es: asumió por nosotros un «cuerpo de pecado» carnal y sujeto a la enfermedad, no porque fuese pecador por naturaleza y por su modo de obrar, al ser hecho *en similitud de una carne de pecado*¹³⁹, sino para «crucificar»¹⁴⁰ nuestro pecado en su carne¹⁴¹.

61. Dejen de decir, por tanto, que la naturaleza del Verbo se ha mudado en naturaleza corporal; y que tampoco parezca, por semejante interpretación que la naturaleza del Verbo se ha mudado en el pecado que contamina. Pues una cosa es el que asumió, y otra lo que fue asumido. La fuerza vino a la Virgen, según le dijo el ángel: *La fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*¹⁴², pero el cuerpo nació de la Virgen; y así, aunque el descenso es celeste, la concepción es, sin embargo, humana. Por tanto, no podía ser la misma la naturaleza de la carne y la de la divinidad.

Cristo asumió un alma humana

VII. 62. Podría continuar más extensamente, pero temo que estas mismas cosas parezcan a algunos o superfluas o

135. Ga 3, 13; Dt 21, 23.

136. Ga 3, 13; Dt 21, 23.

137. Jn 1, 14.

138. 2 Co 5, 21.

139. Rm 8, 3.

140. Cf. Rm 6, 6.

141. Cf. ATANASIO, *Epicteto* VIII, 3-4 (PG 26, 1061C-1064A); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, X, 3-4 (GCS 25, p. 424 19-29).

142. Lc 1, 35.

prolijas. Pues quizás alguno diga: «¿Acaso no habías prometido que ibas a concluir tu exposición con aquellos cinco libros que escribiste acerca de la divinidad del Padre y del Hijo?»¹⁴³. Pero ¿qué haré, si cada día siembran nuevas cuestiones? No decae la promesa, sino que la nueva objeción obliga. Pues ¿cómo puede ponerse fin a la respuesta, si de ningún modo se pone fin a la oposición?

63. Es verdad que había prometido firmemente en los libros anteriores que acabaría la respuesta acerca de la divinidad del Padre y del Hijo, pero en este libro se ha hecho un tratamiento más completo, como era debido, del misterio de la encarnación del Señor.

Pues, como aquello que dice el Señor: *Triste está mi alma hasta la muerte*¹⁴⁴ y más abajo: *Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz, pero no se haga como yo quiero sino como tú quieres*¹⁴⁵, no se refiere al padecimiento conjunto del Espíritu Santo¹⁴⁶, sino a la asunción del alma racional y al afecto propio de la naturaleza humana, es lógico que al afirmar el misterio del Señor añadamos también que se dio en Cristo la plenitud de la naturaleza humana y separemos al Espíritu Santo del perjuicio de la debilidad. No está sometido a la debilidad el que no está sometido a pasión alguna.

64. Me pregunto, por consiguiente, con qué razón piensan algunos que el Señor Jesús no asumió un alma¹⁴⁷. ¿Acaso porque temen que Cristo cayera en pecado con su entendimiento¹⁴⁸ humano? Dicen que la concupiscencia de la carne

143. Se refiere a los cinco libros del *De Fide* (Cf. AMBROSIO, *De Fide* V, Prol. 7).

144. Mt 26, 38.

145. Mt 26, 39; Mc 14, 36.

146. Referencia a Apolinar. Cf. *Fragm.*, 25, 109.110 de H.

LIETZMANN, *Apolinaris*, Tübingen 1904, pp. 210.233.

147. Cf. *Tomus Damasi* 7 (DH 159).

148. El término *sensum* comprende una amplia gama de significados: entendimiento, espíritu,

«repugna a la ley de la mente»¹⁴⁹. Pero el que esto dice, está lejos de pensar que Cristo fuera a ser conducido por la ley de la carne a las cadenas del pecado. Creyó, más bien, que puesto él mismo en el ardor de la fragilidad humana, podría recibir socorro por medio de Cristo, diciendo: *Soy un hombre infeliz, ¿quién me liberará del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*¹⁵⁰. Por tanto, el que libraba a los otros del peligro de la carne, ¿acaso podía temer ser vencido Él mismo por tiranía alguna de esa carne?

65. Pero, según pretenden, ¿temía los halagos de esa carne!¹⁵¹. Luego entonces debería haber rechazado la asunción de esa carne para evitar ser arrastrado al peligro del error. Pero ¿cómo podía temer el peligro del pecado el que había venido para perdonar el pecado? Y por eso, dado que asumió la carne del hombre, de ahí se sigue que asumió la perfección y la plenitud de la encarnación; pues nada hay imperfecto en Cristo. Tomó, por consiguiente, la carne para resucitarla; asumió el alma, pero asumió y tomó un alma perfecta, humana, racional.

66. Pues ¿quién puede negar que tomó un alma, cuando Él mismo dice: *Doy mi alma por las ovejas*¹⁵², y de nuevo: *Por esto el Padre me ama, porque yo entrego mi alma para asumirla de nuevo*¹⁵³. No se dice esto a modo de parábola ni con un significado superficial, como sucede cuando una cosa es lo que se dice y otra lo que se entiende; así aquello de: *Mi alma odia vuestros novilunios y*

inteligencia, sensibilidad, conocimiento. En general hemos optado por *entendimiento*.

149. Cf. Rm 7, 23. Cf. *Fragm.*, 22 de H. LIETZMANN, *Apolinaris*, Tübingen 1904, p. 209.

150. Rm 7, 24.25.

151. Cf. *Fragm.*, 76 de H. LIETZMANN, *Apolinaris*, Tübingen 1904, p. 222.

152. Jn 10, 15.

153. Jn 10, 17.

*sábados*¹⁵⁴; aunque también esta sentencia se puede interpretar referida al alma de Cristo, que ciertamente ha sido 'entregada'¹⁵⁵ para abolir el error de la superstición judía e instituir la verdad del único sacrificio.

67. Mas, aunque duden de este texto profético¹⁵⁶, aun así no pueden negar que este dicho evangélico habla sobre la posesión del alma, ya que se refiere a la muerte y resurrección del Señor, por esto añade: *Nadie me la quita, sino que yo la entrego por mí mismo. Tengo potestad para entregarla y potestad para asumirla de nuevo*¹⁵⁷. Así pues, entrega la misma alma que tomó. «Tomó», digo; pues el mismo Verbo vivo de Dios no hizo en su carne las veces de nuestra alma, sino que, al igual que nuestra carne, así tomó también nuestra alma, con una perfecta asunción de la naturaleza humana. Digo que «asumió» el alma para bendecirla con el misterio de su encarnación; que «tomó» mi afecto para enmendarlo.

68. ¿Qué necesidad hubo entonces de asumir la carne sin el alma, si ciertamente la carne insensible y el alma irracional ni está expuesta al pecado ni es digna de premio? Asumió por nosotros aquello que en nosotros estaba en mayor peligro. ¿Qué me aprovecha a mí, si no me redime todo entero? Pero me ha redimido todo entero el que dice: *¿Os indignáis contra mí por haber sanado a un hombre entero en sábado?*¹⁵⁸. Entero me redimió, porque el fiel resucita, no parcialmente, sino todo él, transformándose *en un hombre perfecto*¹⁵⁹.

69. Dejen de temer esos «misericordiosos» que Cristo, que condujo¹⁶⁰ aquella «cría de asna que nadie antes había

154. Is 1, 13.14.

155. Cf. Jn 10, 17.

156. Cf. Is 1, 13.14.

157. Jn 10, 18.

158. Jn 7, 23.

159. Ef 4, 13.

160. Ambrosio hace aquí un juego de palabras con el término

montado»¹⁶¹, no pudiera gobernar su carne o alma perfecta ni su entendimiento humano. *El que hizo la oreja, ¿no oirá?*¹⁶², el que a otros dirigía, ¿no podrá regirse a sí mismo?; el que perdonaba los pecados, ¿cometía pecado? Dejen de temer esa especie de pedagogos de Cristo demasiado angustiados por que la concupiscencia de la carne, que no hizo caer a Pablo sino sólo le «opuso resistencia»¹⁶³, oprimiera en Él incluso a la «ley de la mente». El atleta de Cristo enumera las victorias de su mente; y ¿estos temen que la carne, que venció en el siervo, vacilase en el señor?

70. No quiere Cristo que nosotros temamos por Él; no quiere el Señor que lloremos por Él; por esto, dice: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras mismas*¹⁶⁴. Y a éstos les dice: «¡No temáis por mí, temed por vosotros! ¿Acaso no oísteis lo que dice David: *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida, ¿ante quién temblaré?*»¹⁶⁵, y en otro lugar: *No temeré lo que me haga el hombre*¹⁶⁶, y en otro lugar: *No temeré, ¿qué me hará la carne?*¹⁶⁷.

71. »¿Podría Yo temer la caída de la naturaleza humana que el mismo hombre no temió? Siendo Dios antes de la encarnación, como Dios he asumido en la carne la perfección de la naturaleza humana. He asumido el entendimiento¹⁶⁸ humano, pero no estoy *ensoberbecido con el entendi-*

latino *gubernare* –literalmente *pilotar*– aplicado a Cristo, que condujo la cría de asna así como gobernó su carne o alma perfecta.

161. Cf. Lc 19, 30.

162. Sal 94 (93), 9.

163. Cf. Rm 7, 23.

164. Lc 23, 28.

165. Sal 27 (26), 1. Cf. ATA-

NASIO, *Or. c. Arian.* III, 54 (PG 26, 437A).

166. Sal 56 (55), 12; 118 (117), 6.

167. Sal 56 (55), 5.

168. Mantenemos la traducción uniforme de *sensus* como entendimiento para conservar en lo posible la fuerza retórica pretendida por el autor.

*miento carnal*¹⁶⁹. Con el entendimiento humano he dicho que “mi alma estaba turbada”¹⁷⁰; con el entendimiento humano “tuve hambre”¹⁷¹; con el entendimiento humano “rogué”¹⁷². Yo, acostumbrado a escuchar a los que piden; con el entendimiento humano progresé, como está escrito: *Y Jesús progresaba en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres*¹⁷³».

72. ¿De qué modo progresaba la «sabiduría de Dios»¹⁷⁴? Que te lo enseñe el orden de las palabras. El progreso en edad es también un progreso en sabiduría, pero en la humana¹⁷⁵. Por esto ha puesto delante la edad, para que creas que esto se dijo refiriéndose al hombre; pues la edad no es propia de la divinidad, sino del cuerpo. Luego si progresaba en la edad humana, progresaba en la sabiduría humana. Pero si la sabiduría proviene del entendimiento, entonces la sabiduría progresa con el entendimiento. *Jesús progresaba en edad y sabiduría*¹⁷⁶. ¿Qué entendimiento progresaba? Si el humano, entonces es que fue asumido; si el divino, entonces es mutable a causa del progreso; pues lo que crece, ciertamente se muda en algo mejor. Pero lo que es divino, no se muda; luego lo que se mudaba, ciertamente no era divino; es decir, que crecía el entendimiento humano. Luego asumió el entendimiento humano.

73. Y, para que sepamos que hablaba a modo humano, lo anunció anteriormente diciendo: *El niño se robustecía y crecía y se llenaba de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él*¹⁷⁷. «Niño» es un nombre referido a una edad huma-

169. Col 2, 18.

170. Cf. Jn 12, 27.

171. Cf. Mt 4, 2; 21, 18.

172. Cf. Jn 17, 9.15.20; Mt 26,

39.

173. Lc 2, 52.

174. Cf. 1 Co 1, 24.

175. Cf. ATANASIO, *Or. c. Arian.* III, 51-53 (PG 26, 429B); AMBROSIO, *De Fide* V, 221.

176. Lc 2, 52.

177. Lc 2, 40.

na, pues no podía robustecerse *la fuerza de Dios*¹⁷⁸ ni crecer Dios *ni la profundidad de su sabiduría*¹⁷⁹ ni llenarse la *plenitud de la divinidad*¹⁸⁰. Así, la que se llenaba no era la sabiduría de Dios sino la nuestra. Pues, ¿de qué manera podía llenarse el que *ascendió para llenarlo todo*¹⁸¹?

74. ¿Con qué entendimiento, como dijo Isaías: «El niño no conocía padre o madre»? Pues está escrito: *Antes que el niño conozca padre o madre, recibirá la fuerza de Damasco y el botín de Samaria*¹⁸². Los hechos futuros y ocultos no pasan inadvertidos a la Sabiduría de Dios; pero la infancia, desprovista de conocimiento a causa de la humana incapacidad para prever el futuro, ignora lo que todavía no ha aprendido.

75. «Mas es de temer», dice, «que, si atribuimos a Cristo dos entendimientos principales o una doble sabiduría, dividamos a Cristo»¹⁸³.

¿Acaso dividimos a Cristo cuando adoramos tanto su divinidad como su carne? ¿Acaso lo dividimos cuando veneramos en Él la imagen de Dios y la cruz? Ciertamente el Apóstol, que dijo acerca de Él: *Aunque crucificado en debilidad vive por la fuerza de Dios*¹⁸⁴, él mismo dijo: *Cristo no está dividido*¹⁸⁵. ¿Acaso entonces lo dividimos cuando decimos que asumió un alma racional y dotada de nuestro intelecto?

76. Pues no sustituyó el mismo Dios Verbo en su carne al alma racional y capaz de entender, sino que, asumiendo

178. 1 Co 1, 24.

179. Rm 11, 33.

180. Col 2, 9.

181. Ef 4, 10.

182. Is 8, 4.

183. La cita es de nuevo de

Apolinar (cf. *Fragm.*, 150-152 de H. LIETZMANN, *Apolinaris*, Tübingen 1904, p. 247).

184. 2 Co 13, 4.

185. 1 Co 1, 13.

un alma racional y capaz de entender¹⁸⁶, humana y de la misma sustancia que nuestras almas, y asumiendo una carne similar a la nuestra y de la misma sustancia que nuestra carne, el Verbo divino fue perfecto hombre¹⁸⁷, sólo que sin mancha alguna de pecado, porque *Él no cometió pecado, sino que se hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos justicia de Dios en Él*¹⁸⁸. Luego su carne y alma son de la misma sustancia que nuestra carne y alma.

77. No temo que piensen que introduzco una «tétrada». Nosotros, los que defendemos esto, en verdad veneramos a la sola Trinidad. No divido a Cristo cuando distingo la sustancia de su carne y su divinidad, sino que predico que Cristo es uno¹⁸⁹ con el Padre y el Espíritu de Dios, y demostraré que son más bien aquellos que dicen que la carne de Cristo es de una sustancia con su divinidad los que introducen la «tétrada». Pues lo que es de la misma sustancia no es un único sujeto, sino una sola cosa¹⁹⁰. Pues ciertamente, confesando en el símbolo del concilio de Nicea que el Hijo es de la misma sustancia del Padre, no creyeron en una única persona sino en una sola divinidad en el Padre y el Hijo.

78. Por tanto, cuando dicen que su carne fue de la misma sustancia que el Hijo de Dios, ellos mismos incurren en las necedades de su vana afirmación de manera que dividen a Cristo, lo cual nos objetan a nosotros. Y así introducen una cuarta realidad increada para que la adoremos, mientras que la única divinidad increada es la de la Trinidad¹⁹¹.

186. Cf. *Tomus Damasi* 7 (DH 159).

187. Cf. *Symbolum* «*Quicumque*» 30 (DH 76).

188. 1 P 2, 22; 2 Co 5, 21.

189. Cf. *Symbolum* «*Quicumque*» 32 (DH 76).

190. Ambrosio hace aquí un

juego de palabras entre *unus* (un único sujeto) y *unum* (una sola cosa) para afirmar la unidad de sustancia pero no de personas.

191. Cf. ATANASIO, *Epicteto* VIII, 9 (PG 26, 1064B-1065A); EPIFANIO DE SALAMINA, *Panarion* 77, X, 7-11, 3 (GCS 25, p. 425, 4-20).

PARTE SEGUNDA

Existencia y unicidad de la naturaleza divina en el Padre y el Hijo

VIII. 79. Ya había acabado el libro, pero me ha parecido una impiedad dar la sensación de que pasábamos por alto lo que no podíamos responder. Ya antes algunos nos han oído decir que el Hijo de Dios, que fue engendrado, no podía ser diverso del Padre, que lo engendró, aunque Aquél haya sido engendrado y Ése haya engendrado, ya que la generación no es del ámbito de la potestad sino de la naturaleza. Éstos se dan cuenta de que al menos contra aquella cuestión les han cerrado la boca¹; sin embargo dirigen al mismo lugar sus pasos con una despreciable tergiversación, porque piensan que cambiando el lenguaje cambian también la cuestión; y dicen: «¿Cómo pueden ser el ingénito y el engendrado de una misma naturaleza y sustancia?»².

80. Por tanto, para responder, clementísimo emperador³, a la cuestión que tú me propones, he de decir lo primero de todo que no encuentro en ninguna parte de las Escrituras divinas la palabra «ingénito»; ni lo he leído, ni lo he

1. Cf. AMBROSIO, *De Fide* I, 8-9.

pp. 702-703).

2. Cf. MAXIMINO, *Dissertatio contra Ambrosium* 37-40 (PLS I,

3. Se refiere al emperador Graciano (cf. pp. 22-23).

oído⁴. ¿Qué mudables serán esa clase de hombres que dicen que usamos términos que no están en las Escrituras, cuando decimos lo que está en ellas, mientras que ellos nos ponen objeciones con términos ajenos a la Escritura⁵? ¿Acaso no se contradicen ellos mismos y diluyen la autoridad de su calumnia?

81. Pues dicen que no está escrito que el Hijo es sustancia y naturaleza de Dios, cuando la Escritura atestigua sin lugar a dudas que el Hijo es esplendor *de la gloria* de Dios Padre *e impronta de su sustancia*⁶, y hemos demostrado exhaustivamente en otro libro⁷ que muchos otros han hablado acerca de su sustancia divina.

82. Además ¿quién puede rechazar su naturaleza divina, cuando el apóstol Pedro escribió en su carta que la misericordia del Señor obró por su pasión el *hacernos, dice, partícipes de la naturaleza divina*⁸? Y también en otro lugar Pablo escribió: *Pero entonces, sin conocer a Dios, servisteis a éstos que por naturaleza no son dioses*⁹. Así también lo encontramos en los códices griegos, cuya autoridad es de mayor valor.

83. ¿Qué hacen, pues, los que niegan que Cristo tiene naturaleza divina, sino calumniar no sólo al Hijo sino también al Padre? Si se niega que es Dios por naturaleza, entonces o bien lo es por gracia, como los hombres, o bien es

4. Ambrosio depende aquí de Basilio. Cf. BASILIO, *Adv. Eunom.* II, 6 (PG 29, 584B).

5. Los arrianos acusaban a los que mantenían el símbolo de Nicea de usar conceptos no bíblicos (sobre todo el término *consustancial* introducido en dicha confesión de fe). Aquí Ambrosio retuerce el

argumento contra sus opositores mostrando cómo naturaleza y sustancia son términos escriturísticos, mientras que ingénito no lo es.

6. Hb 1, 3.

7. Se refiere a AMBROSIO, *De Fide* III, 108-127.

8. 2 P 1, 4.

9. Ga 4, 8.

falsa la fe en Él, como en los demonios, cuyas «imágenes» reciben el nombre de dios¹⁰. Pero sigamos la autoridad apostólica, diciendo que en las imágenes «la naturaleza no es divina»¹¹. Si esta naturaleza no se encuentra en las imágenes ni en los «demonios»¹², sólo resta que en Dios existan naturaleza y sustancia divinas.

84. Hemos enseñado, por tanto, con la autoridad apostólica que se dice rectamente de Dios Padre que es Dios por naturaleza. Entiendan ahora que es la misma naturaleza la del Padre y la del Hijo y que también es la misma la del Espíritu Santo, no sea que digan tal vez: «Sin duda leemos que la naturaleza es divina, pero no leemos la unidad de la naturaleza divina». Pero cuando el mismo Hijo afirmó: *Yo y el Padre somos uno*¹³, probó la unidad de la divinidad; cuando dijo: *Todo lo que el Padre tiene es mío*¹⁴ y más adelante: *Padre, todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío*¹⁵ afirmó la unidad; cuando dijo: *el Padre, que permanece en mí, Él mismo habla, y las obras que yo hago, Él mismo las hace*¹⁶ declaró con toda evidencia la unidad.

85. También Pedro mostró que la naturaleza divina es una. Pues si pensase de otro modo, habría podido expresarse de esta manera: «Para hacernos partícipes de las naturalezas divinas»; pero, aun teniendo en cuenta que es por el Hijo por quien pasamos a participar de la naturaleza divina. ¿Acaso puede dar lo que no tiene? Luego no hay duda de que da de aquello que tiene. Por eso, tiene naturaleza divina el que da «las participaciones de la *naturaleza divina*»¹⁷.

10. Cf. Sal 135 (134), 15.

11. Cf. Ga 4, 8; 1 Ts 1, 9.

12. Cf. 1 Co 10, 20.

13. Jn 10, 30.

14. Jn 16, 15.

15. Jn 17, 10.

16. Jn 14, 10.

17. Cf. 2 P 1, 4.

86. También el apóstol Pablo, diciendo: *Los que por naturaleza no son dioses*¹⁸ muestra que es una la naturaleza del verdadero Dios. En efecto, él mismo habría podido también decir: «Los que por sus naturalezas no son dioses» si supiera que hay pluralidad de naturalezas divinas: una en el Padre, otra en el Hijo y otra en el Espíritu Santo. Luego diciendo: *Por naturaleza no son dioses* expresó la unidad de la naturaleza divina.

87. Pero ¿qué significa ser Dios por naturaleza sino ser verdadero Dios? Como dice a los Tesalonicenses: *Cómo os habéis convertido de las imágenes a Dios para servir al Dios vivo y verdadero*¹⁹. Aquellas simulan ser dioses, sin embargo el Dios vivo y verdadero lo es por naturaleza. Pues también en el uso común del lenguaje existe «hijo adoptivo» e «hijo natural»; del hijo adoptivo no decimos que es hijo por naturaleza, sino que decimos que es hijo por naturaleza el que es «hijo natural».

88. Así pues, con la lectura [de la Escritura] hemos probado que su naturaleza y su sustancia son divinas; además, la autoridad apostólica ha demostrado que hay unidad y no pluralidad de naturaleza divina.

El Padre y el Hijo son de la misma sustancia. La generación implica un origen y una relación, no una disimilitud.

IX. 89. Ahora, que ellos expliquen dónde han leído que el Padre es ingénito. Pero si pretenden por pura dialéctica que se les conceda servirse, como si se leyera [en la Escritura], de lo que no han podido leer, muestran rendirse al afán de controversia y no buscar el conocimiento de la ver-

18. Ga 4, 8.

19. 1 Ts 1, 9.

dad. Porque en la dialéctica, si no se concede lo que postulan quienes desean encontrar una ocasión de lucha, no son capaces de comenzar a disputar. Así sucede cuando la lucha se centra más en las argucias de la disputa que en el examen de la verdad. Ésta es la gloria de los dialécticos: que se les vea combatir con palabras y refutar la verdad; muy distinta es la definición de la fe: se sopesa la verdad, no las palabras. En suma, la sencilla verdad de los pescadores rechaza las palabras de los filósofos.

90. ¿Qué significa, por tanto, esa afirmación de que no pueden comenzar a argumentar si no les concedo la palabra «ingénito»? ¿Dónde han leído esa palabra? ¿Que lo demuestren!

91. «¡Se me había olvidado! Ahora recuerdo; lo hemos leído, dicen; pues Arrio dijo que el Padre es ingénito y el Hijo engendrado y creado»²⁰. ¡He aquí con qué autor rivalizan contra los escritos apostólicos! ¡Pues que rivalicen, pero reconociéndose discípulos de Arrio! Pues ¿cómo pueden negar al maestro, si siguen sus invenciones?

92. Pero si aquellos dicen lo mismo que Arrio, más justamente debo yo decir lo que dice el Apóstol. Pues ha dicho «Padre», no lo ha llamado «ingénito»; ha dicho «Hijo» y ha dicho «Hijo engendrado»²¹. Lo que he leído no lo niego; al contrario, de buena gana hago uso de ello; lo que no he leído, no debo usarlo. Pero –y esto es algo que yo no permitiría en una disputa dialéctica–, ¡que lo usen! ¡Lo permito, no sea que digan: «porque no leemos que el Padre sea engendrado como el Hijo, por esto debemos estimar que es ingénito»!

20. Se refiere a la *Carta a Alejandro* de Arrio, una profesión de fe escrita por él pretendiendo con ella ser readmitido en la Iglesia de

Alejandro. El texto griego lo conserva Atanasio; cf. ATANASIO, *De Synodis* 16 (PG 26, 709).

21. Cf. Jn 1, 14.18.

93. ¡Esto es fruto de un raciocinio! Luego no está en la Escritura. Razonando de este modo debería decir que tampoco he leído que el Espíritu Santo sea engendrado. Por tanto, según vuestra opinión, también el Espíritu, que no es engendrado, ha de ser nombrado ingénito²². Si, pues, decís que el ingénito y el engendrado no pueden ser de una misma sustancia, no negaréis la unidad de la naturaleza y sustancia divinas respecto al Padre y al Espíritu Santo, ya que no leemos que el Padre ni el Espíritu Santo sean engendrados²³. Luego si en esto está toda la fuerza de vuestra argumentación, en que el ingénito y el engendrado no pueden ser de una misma naturaleza, entonces el que no es engendrado es de la misma naturaleza y sustancia que aquel otro que tampoco es engendrado. Y si pensamos que «el Padre es mayor»²⁴ porque no es engendrado, ¿acaso también el Espíritu Santo es mayor que el Hijo?

94. Muchos e innumerables ejemplos podemos aducir para decir que es ingénito lo que no es engendrado. Muchos han dicho que el mundo es ingénito y han recordado que la materia prima de todas las cosas es ingénita²⁵, esa que los griegos llaman *hulen*, una especie de bosque de materia. De modo que es claro que en esta palabra no puede haber prerrogativa alguna de potestad; a no ser que quizás crean honrar a Dios con esta palabra, que los filósofos pensaron que había que atribuir al mundo. ¿Acaso el Padre es ingénito al modo del mundo? ¡En modo alguno! O ¿es que solamente este predicado conviene a Dios, cuando sabemos que Dios está más allá del ámbito de todos los predicados?

22. Cf. *Symbolum* «*Quicumque*» 22 (DH 75); AMBROSIO, *El Espíritu Santo* I, 28 (BPa 41).

23. Ambrosio depende aquí

de BASILIO, *Adv. Eunom.* I, 11. 16 (PG 29, 537A-548C).

24. Cf. Jn 14, 28.

25. Una doctrina parecida aparece en AMBROSIO, *Exam.* I, 1.

Así que nada tiene de honroso para Dios este predicado que puede ser común con las otras cosas.

95. Y sin embargo, concedamos, como vosotros queréis, un valor inestimable a esta palabra que no se apoya en autoridad alguna, pero que vosotros valoráis arbitrariamente. ¿A dónde lleva el que a partir de una palabra queráis establecer entre el Padre y el Hijo una diferencia de naturaleza, y una diferencia de potestad? «El ingénito», dice, «y el engendrado no pueden ser de una misma naturaleza y sustancia»²⁶; o como algunas veces dicen: «El increado y el creado no son de una misma naturaleza». Y no hacen distinción entre lo ingénito y lo increado, ni quieren admitir diferencia entre lo engendrado y lo creado, con tal de decir que el Hijo es una criatura.

96. Pues dicen que el Padre excede toda causa o, como dicen los griegos, toda *aitían*²⁷, puesto que no ha sido creado de otro, no es hijo, y su sustancia es tal que no tiene en otro ser, principio o causa de su existencia. «Y por esto», dicen, «no puede haber otra sustancia semejante, porque todo recibe de Dios Padre la causa de subsistir»²⁸. De donde dicen que no es verosímil que el Hijo, que proviene del Padre y no tiene causa de su existencia desde sí mismo sino del Padre, sea similar al Padre; porque el Padre no recibe la causa de su existencia de otro y el Hijo, sin embargo, como ellos mismos alegan, no ha podido llegar a ser más que recibiendo su mismo ser del Padre.

97. Y por esto dicen que el ingénito y el engendrado son disímiles. ¡Cómo si —y esto ya lo he dicho muchas veces en otro lugar²⁹— la generación fuese propia de la potestad y no

26. Cf. EUNOMIO, *Apologia* 14 (PG 30, 849A).

27. Cf. EUNOMIO, *Apologia* 26 (PG 30, 864A).

28. Cf. EUNOMIO, *Apologia* 21 (PG 30, 857A).

29. Cf. AMBROSIO, *De Fide* IV, 81-82.

de la naturaleza! Pues cuando digo «engendrado», he expresado no una propiedad de la naturaleza, sino el significado de la generación³⁰. Y esto lo demostraré con ejemplos más evidentes. Si digo, en general, «hijo» y no añado de quién, puede entenderse *hijo del hombre*³¹ e *hijo de la iniquidad*³² y también hijo de la pestilencia e *hijo del diablo*³³; así lo atestigua la Escritura acerca de los judíos, y así sucede corrientemente: la cría del ganado y los pollos de las palomas. Esto quiere decir que en la denominación de hijos no se significa la naturaleza. Por el contrario, si deseo designar la naturaleza, o designaré al hombre o nombraré al caballo, o mencionaré al ave, para que pueda entenderse la naturaleza.

98. Por tanto, si quiero designar la naturaleza divina debo nombrar al Dios verdadero³⁴. Pero cuando digo «hijo», quiero decir que ha sido engendrado; cuando digo «padre», declaro que ha engendrado. Luego no deduzcas una diferencia de naturaleza cuando se trate de expresar al que engendra y al que es engendrado. Esta clase de designaciones expresan una cualidad de la sustancia³⁵. Muchos son llamados hijos, como ya he dicho, pero hay diversidad entre los hijos: uno lo es por naturaleza, otro por gracia.

99. Muchas son las criaturas, «invisibles y visibles»: invisibles, como *los principados y las potestades, los tronos y*

30. Cf. BASILIO, *Adv. Eunom.* II, 9 (PG 29, 588C-589A).

31. Mt 8, 20.

32. Sal 89 (88), 23.

33. Jn 8, 44; Hch 13, 10; 1 Jn 3, 10.

34. Para lo que sigue cf. AMBROSIO, *De Fide* III, 127.

35. La *substantiae qualitas* de

la que habla aquí Ambrosio, podría traducirse también como *relación de la sustancia* (cf. BASILIO, *Adv. Eunom.* II, 9 (PG 29, 588C-589A), donde Basilio contrapone aquellas cosas que se predicán de algo en un modo absoluto y aquellas que se dicen por la relación de ese algo con otra cosa).

*las dominaciones*³⁶; visibles, como el sol, la luna, las estrellas, el hombre, la tierra. Las especies son diversas y diversas son también las sustancias de las criaturas; por ello, si quieres expresar lo propio de alguna criatura, la llamarás por su nombre: el sol, la luna o las estrellas, y así se entiende qué es lo que has querido indicar.

100. Por lo demás, si dices que aquel que a veces llaman Hijo ha sido hecho o creado, porque muchas cosas han sido hechas y creadas, pareces referirte no a una propiedad de la sustancia, sino a un tipo de cualidad³⁷. Pues una cosa es la sustancia, y otra es la cualidad. Ya hemos dicho en otro lugar que *ousían* lo han traducido los latinos como «substantia». Ahora bien, cuando se dice *ousía* de Dios, ¿qué otra cosa decimos sino que Dios existe siempre? Esto lo expresan las letras mismas, puesto que la fuerza divina, *ousía aei*, es decir «que existe siempre», se dice *ousía* cambiando el orden de una letra a causa del sonido, la brevedad y la elegancia de la palabra. Luego *ousía* significa que Dios existe siempre. Sin embargo la denominación de ingénito, que tú pretendes, o de engendrado expresa el modo en que cada uno es: es decir, que el Padre no procede de otro, y el Hijo no procede de sí mismo³⁸. La especie aquí parece ser diversa, y ciertamente es distinta la especie, pero indistinta la divinidad.

101. Preguntas, ¿cómo puede probarse esto? Te lo mostraré, tomando un ejemplo de las Escrituras; lo mismo que en las criaturas es distinta la especie, también son distintos los inicios en casi todas ellas, y sin embargo la sustancia es

36. Col 1, 16.

37. El autor habla aquí de *speciem qualitatis*. Con estas palabras Ambrosio se refiere a una diversidad de la *species* determinada por un tipo de relación y no por

una desigualdad de sustancia. Podríamos traducir también como *tipo de relación*.

38. Cf. *Symbolum* «*Quicumque*» 21-22 (DH 75).

una sola. Y si en estas cosas, que son mortales, puede suceder esto, ¿cómo imponen una estricta ley de necesidad a la divinidad del Padre y del Hijo y del Espíritu?³⁹.

102. Todas las aves que pertenecen claramente al mismo género son, sin duda, de la misma naturaleza. Así en las águilas, por ejemplo, es uno el género y una la naturaleza; igualmente se dice de los buitres y de las otras aves según sus géneros. Y si nos preguntamos cómo comenzaron a existir las aves, descubrimos que existen tres especies y leemos en la Sagrada Escritura que las causas de sus nacimientos fueron distintas. Pues está escrito que Dios dijo: *Produzcan las aguas animales vivos reptantes y alados*⁴⁰ de los que vuelan. Y poco después, cuando Dios había hecho el paraíso y colocado en él al hombre⁴¹, está escrito que *formó Dios de la tierra las bestias del campo y las aves del cielo*⁴². Este pasaje da a entender que las aves fueron formadas a partir de la tierra. También has leído más arriba que Dios dijo a las aves: *creced y multiplicaos*⁴³, ordenando así la proliferación de la estirpe por la unión del macho y de la hembra. Y así notamos que incluso las que son de un solo género han comenzado a ser de modo diverso: unas de las aguas, otras de la tierra, otras de la generación de macho y hembra; y sin embargo, todas son de una única naturaleza y no tienen ahora diferencia de sustancia.

103. Igualmente, ¿qué hay que sea tan de una sola naturaleza como nuestra carne con la realidad del cuerpo del

39. Ambrosio mostrará cómo es posible que se dé una distinción en la especie y en el origen que no implique una diversidad de sustancia. Aplicándolo analógicamente al misterio Trinitario, en Dios cada uno ten-

drá su propiedad y su origen manteniéndose la unidad de sustancia.

40. Gn 1, 20.

41. Cf. Gn 2, 8.

42. Gn 2, 19.

43. Gn 1, 22.

Señor? Sin embargo, ambas cosas proceden de causas diversas y nacen de diferentes principios. Pues la carne del Señor, engendrada «por el Espíritu que vino sobre la Virgen»⁴⁴, no esperó el habitual intercambio conyugal entre el varón y la mujer. Mientras que nuestra carne no puede ser formada en el seno materno a no ser que la acción generativa del sexo masculino junto con el femenino dirija las semillas por los surcos naturales. Y, aunque haya sido distinta la causa de la generación, sin embargo la naturaleza de la carne en Cristo es una sola con la de todos los hombres.

104. Pues el parto de la Virgen no cambió la naturaleza, sino que supuso una innovación respecto al modo usual de la generación; en definitiva, la carne nació de la carne. La Virgen tomó de su cuerpo lo que entregaría; pues la madre no dio algo ajeno, sino que entregó lo propio de sus entrañas, de modo inusitado pero según la misión usual de las madres. Así pues, la Virgen tuvo una carne que de modo natural transmitió a su criatura. La naturaleza del engendrado y la de María, que engendró, es idéntica según la carne y para nada distinta de sus hermanos, pues dice la Escritura: *Para hacerse en todo semejante a sus hermanos*⁴⁵. Ciertamente, el Hijo de Dios es semejante a nosotros, no según *la plenitud de la divinidad*⁴⁶, sino según la verdad de la asunción de un cuerpo como el nuestro y de un alma racional y, para decirlo más claramente, humana.

105. ¿Qué podemos decir del mismo Adán que, aunque fue formado *del limo de la tierra*⁴⁷, «en verdad engendró hijos»⁴⁸ que poseen en común su naturaleza y son partícipes de su linaje, herederos y sucesores suyos? Los princi-

44. Cf. Lc 1, 35.

45. Hb 2, 17.

46. Col 2, 19.

47. Gn 2, 7.

48. Cf. Gn 5, 4.

píos en los hijos y en el padre son, sin duda, diversos, pero la naturaleza de la condición humana es una. La diferencia del nacimiento no fue en perjuicio de la semejanza de la sustancia. Vemos por tanto, que el hijo y el padre son similares incluso en aquellos que por la fragilidad de la condición humana no pueden tener la plenitud de la semejanza. ¿Cómo entonces podrá ser el verdadero Hijo diverso de Dios Padre?

El Hijo, siendo imagen perfecta del Padre, comparte su misma sustancia

X. 106. Sin embargo muchos, la mayor parte de los seguidores de esa misma secta, creen diferenciarse, en su modo de disputar de los que dicen que el Hijo es completamente distinto del Padre. Por eso vamos a discutir también las necedades de los que dicen que el Hijo es semejante, pero no de la misma sustancia que el Padre⁴⁹.

107. Los que no son de una misma naturaleza, son de una naturaleza diversa y separada. Y es lógico que digas que los que son de naturaleza diversa no pueden ser semejantes, a no ser que los llames semejantes según la apariencia y diferentes en la realidad. Pues la apariencia de la leche, de la nieve y del cisne blanco es del mismo color, pero conservan la discrepancia de su naturaleza diversa y las naturalezas no quedan confundidas por tener el mismo color.

108. ¿Cómo afirman esos, que el Hijo y el Padre son semejantes, negando la unidad de la sustancia? ¿Acaso piensan que se parecen por la forma, la figura o el color? Estas

49. Ambrosio se refiere aquí a los homeusianos (probablemente más en concreto al homeusianismo

de Ulfila). Otra posibilidad es la de una referencia a Eunomio; cf. EUNOMIO, *Apología* 24 (PG 30, 860C).

cosas son propias de los cuerpos e indican cierta composición. ¿Pero de qué manera adaptamos a lo invisible la semejanza según el color o la forma? ¿O cómo puede ser la criatura similar a lo increado? ¿De qué modo puede ser el Hijo *esplendor de su gloria e impronta de su sustancia*⁵⁰ si, como dicen aquellos, es diversa su gloria y es diversa su sustancia?

109. «Según la gloria y la operación es semejante», dicen, «y por ello se dice del Hijo que es *imagen de Dios*»⁵¹. Luego si es semejante en algo y no en todo, entonces es en parte semejante y en parte diferente. Por tanto, es coherente con esta proposición que si es semejante en parte y no en todo, «la imagen de Dios» esté parcialmente compuesta. Y de aquí se sigue que también parece ser compuesto aquel cuya imagen es compuesta, porque la imagen conserva en parte su similitud, no pudiendo, sin embargo, ser similar a él en la otra parte.

110. Pero los que niegan que sea semejante según la unidad de naturaleza, le consideran semejante a todos los demás. Así suelen decir: «¿Por qué pensáis que la Escritura concedió un gran privilegio al Hijo llamándolo “imagen”, cuando el mismo Dios ha dicho a los hombres: *Sed santos, puesto que yo soy santo*⁵² y el Hijo ha dicho: *Sed perfectos como también vuestro Padre, que está en los cielos, es perfecto*⁵³?». Y no se dan cuenta de que esto mismo prueba que el Hijo es semejante al Padre según la «plenitud de la divinidad»⁵⁴, de un modo perfecto y no en parte. Además, si muchos son semejantes, ¿por qué sólo del Hijo se dice que

50. Hb 1, 3.

51. Col 1, 15. A una dificultad similar expresada por Eunomio ya había respondido años atrás Basilio; cf. BASILIO, *Adv.*

Eunom. II, 16-17 (PG 29, 604A-608A).

52. Lv 19, 2; 11, 44; 1 P 1, 16.

53. Mt 5, 48.

54. Cf. Col 2, 9.

es *imagen de Dios invisible*⁵⁵ e *impronta de su sustancia*⁵⁶, sino porque en Él se da la unidad de su misma naturaleza y la expresión de su majestad?

111. En efecto, una es la semejanza según la imitación y otra según la naturaleza. Lo cual indican incluso las palabras de los ejemplos propuestos; pues dice la Escritura: *Sed santos*, para que lo sean por imitación. A los hombres se les dice: *Sed*, porque no lo son; de sí mismo, sin embargo, dice Dios: *Porque soy santo*, no por un crecimiento progresivo, sino en virtud de su naturaleza permanente. Después dice la Sabiduría: *Sed perfectos*, para que comiencen a tener lo que no tienen; del Padre, sin embargo, dice: *Como vuestro Padre, que está en los cielos, es perfecto*. Luego el Padre es perfecto; el que *es* y existe siempre. Por esto, su ser se denomina bien *ousía*, que en griego es lo que existe siempre, bien «sustancia», que en latín es lo que permanece en su propio ser y no subsiste por fuerza ajena.

112. Por tanto, santo y perfecto es el Padre, santo y perfecto también el Hijo como *imagen de Dios*⁵⁷; imagen de Dios porque todo lo que es propio de Dios se ve en el Hijo, es decir: la *eterna divinidad*⁵⁸, la omnipotencia y la majestad. Así que, tal como es Dios, así aparece su imagen. Por lo que es necesario que creas que su imagen es de la misma categoría de Dios. Pues si le quitas algo a la imagen, le has quitado algo también a aquel del cual es imagen. Si crees que la imagen es menor, Dios aparecerá menor en su imagen; pues tal como hayas estimado la imagen, así considerarás a ese ser invisible del cual es la imagen⁵⁹. Pues dijo la imagen: *Quien me ha visto a mí, ha*

55. Col 1, 15.

56. Hb 1, 3.

57. Col 1, 15.

58. Rm 1, 20.

59. Cf. *Symbolum* «*Quicumque*» 7 (DH 75).

*visto al Padre*⁶⁰. Y tal como hayas juzgado a éste cuya imagen crees que es el Hijo, así te parecerá necesariamente que hay que estimar al Hijo. Por lo que, dado que el Padre es increado, también el Hijo es increado; por ser el Padre «no menor», el Hijo es «no menor»; dado que es omnipotente el Padre, también es omnipotente el Hijo⁶¹.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son omnipotentes

113. Ya dije que, aunque usen un término que no leen [en la Escritura], llamándolo «ingénito», esta palabra para nada impide que creamos que Cristo es de una misma sustancia y naturaleza con el Padre; por tanto, si son de la misma naturaleza, ciertamente tienen el mismo poder.

114. Sin duda, este aspecto no presenta gran dificultad para rebatir el ardoroso celo de los herejes. Ya que ¿cómo pretenderán negar que Cristo es omnipotente, lo cual está escrito, los que quieren servirse de lo que no enseñan que esté escrito? Pues hemos enseñado más arriba⁶² que el hecho de que Cristo es omnipotente lo indicaron tanto el *Apocalipsis* del evangelista Juan como la profecía de Zacarías y el evangelio⁶³. Si alguien piensa que hay que reexaminarlos, que vuelva atrás y lo relea.

115. Con todo –para retomar lo que antes casi omití, debido a la cantidad de testimonios–, que ellos digan de quién piensan que se dijo lo que Amós profetizó; pues así está escrito: *El Señor, que toca ligeramente la tierra y la mueve, y*

60. Jn 14, 9.

61. Cf. *Symbolum* «*Quicumque*» 13 (DH 75).

62. Cf. AMBROSIO, *De Fide* II,

33-38.

63. Cf. Ap 1, 7-8; Za 2, 8-9.12-13; Jn 16, 15.

*se lamentarán todos sus habitantes, y subirá como el río de Egipto; que construye sobre el cielo el trono al que subirá y confirma sobre la tierra su promesa, que llama al agua del mar y la derrama sobre la faz de la tierra: su nombre es Señor omnipotente*⁶⁴. ¿Acaso no comprenden que todo esto conviene al Hijo que al descender tocó la tierra, la hizo moverse en la pasión⁶⁵, ascendió de la tierra al cielo⁶⁶ y descendió sobre la tierra desde el cielo⁶⁷ como Él mismo había prometido?

116. Pero ¿por qué me afano acerca del Hijo, cuando la Escritura atestigua que también el Espíritu es omnipotente? Pues está escrito: *Por el Verbo del Señor han sido consolidados los cielos; por el Espíritu de su boca, toda su potencia*⁶⁸. También de la Sabiduría está escrito que tiene en sí un espíritu omnipotente; pues dice Salomón que *la Sabiduría, artífice de todas las cosas, me instruyó. Pues hay en ella un espíritu de inteligencia, santo, único, múltiple, sutil, ágil, elocuente, inmaculado, manifiesto, inviolable, amante del bien, agudo, irreprimible, generoso, benigno, estable, íntegro, sin inquietud, que lo puede todo, lo contempla todo y penetra por todos los secretos de los espíritus inteligentes*⁶⁹.

64. Am 9, 5-6.

65. Mt 27, 51.

66. Cf. Mc 16, 19; Lc 24, 51;

Hch 1, 9.

67. Cf. Mt 26, 64; 16, 27.

68. Sal 33 (32), 6.

69. Sb 7, 21-23. Cf. AMBROSIO, *El Espíritu Santo* III, 169 (BP a 41).

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Con «Intr.» se remite a la página correspondiente de la introducción. El número romano seguido del arábigo indica, respectivamente, el capítulo y el párrafo.

Génesis

1, 1: III, 16.
1, 20: IX, 102.
1, 22: IX, 102.
2, 7: VI, 58; IX, 105.
2, 8: IX, 102.
2, 19: IX, 102.
4, 7: Intr., 13; I, 1.
4, 8: II, 12.
5, 4: IX, 105.
15, 10: I, 2.

Deuteronomio

21, 23: VI, 60.

Levítico

11, 44: X, 110.
19, 2: X, 110.

Job

28, 12.13: V, 41.
28, 13: V, 42.
28, 14: V, 42.

Salmos

16 (15), 4: IV, 30.
16 (15), 10: V, 42.
19 (18), 6: V, 35.

22 (21), 2: V, 37.
22 (21), 2b: V, 38.
27 (26), 1: VII, 70.
29 (28), 1: I, 4.
33 (32), 6: X, 116.
56 (55), 5: VII, 70.
56 (55), 12: VII, 70.
88 (87), 6: V, 40.
89 (88), 23: IX, 97.
94 (93), 9: VII, 69.
110 (109), 3: II, 13.
135 (134), 15: VIII, 83.

Cantar de los Cantares

3, 4: II, 13.

Sabiduría

7, 21-23: X, 116.

Isaías

1, 13.14: VII, 66. 67.
6, 10: III, 14.
7, 14: VI, 59.
8, 4: VII, 74.
50, 6: V, 44.

Joel

2, 28: VI, 59.

Amós

9, 5.6: X, 115.

Zacarías

2, 8.9.12.13: X, 114.

Malaquías

3, 6: VI, 55.

Matteo

1, 23: VI, 52. 59.

3, 17: VI, 48. 58.

4, 2: VII, 71.

4, 19: III, 15.

5, 48: X, 110.

8, 20: IX, 97.

10, 2: IV, 30.

13, 15: III, 14.

14, 25: V, 43.

14, 26: VI, 46.

16, 13: Intr., 19; IV, 27. 29.

16, 14: IV, 32.

16, 15: IV, 32.

16, 16: IV, 27.

16, 17: IV, 33.

16, 17-19: IV, 29.

16, 18: IV, 33; V, 34.

16, 27: X, 115.

17, 3: IV, 28.

18, 6: Intr., 17.

21, 18: VII, 71.

26, 38: VII, 63.

26, 39: VII, 63. 71.

26, 64: X, 115.

27, 50: V, 39.

27, 51: X, 115.

27, 59: V, 40.

27, 60: V, 40.

Marcos

14, 36: VII, 63.

16, 19: X, 115.

Lucas

1, 35: VI, 52. 53. 61; IX, 103.

2, 7: VI, 52.

2, 40: VII, 73.

2, 52: VII, 71. 72.

3, 22: III, 22.

5, 10: III, 15.

9, 18: IV, 27.

19, 30: VII, 69.

23, 28: VII, 70.

23, 46: V, 42.

24, 5: V, 43.

24, 51: X, 115.

Juan

1, 1: II, 13; III, 15. 17. 18; V, 38. 42.

1, 7: V, 41.

1, 9: V, 41.

1, 11: VI, 48.

1, 14: II, 13; VI, 47. 48. 59. 60; IX, 92.

1, 16: V, 41.

1, 18: II, 13; V, 42; IX, 92.

1, 29: I, 4; VI, 48.

5, 21: III, 15.

7, 23: VII, 68.

7, 39: VI, 46.

8, 44: IX, 97.

10, 15: VII, 66.

10, 17: VII, 66.

10, 18: VII, 67.

10, 30: VI, 57; VIII, 84.

12, 27: V, 41; VII, 71.

12, 35: V, 41.

13, 23-25: III, 21. 29.

14, 9: X, 112.

14, 10: VIII, 84.

14, 28: IX, 93.

16, 13: VI, 46.

16, 15: VIII, 84; X, 114.
 17, 9.15.20: VII, 71.
 17, 10: VIII, 84.
 18, 23: V, 44.
 21, 7: IV, 31.
 21, 21: IV, 30.

Hechos de los apóstoles

1, 9: X, 115.
 2, 26: V, 42.
 13, 10: IX, 97.
 28, 27: III, 14.

Romanos

1, 2.3: VI, 53.
 1, 20: III, 17; X, 112.
 6, 6: VI, 60.
 7, 23: VII, 64. 69.
 7, 24.25: VII, 64.
 8, 3: VI, 60.
 11, 33: VII, 73.
 12, 1: II, 10.

1 Corintios

1, 13: VII, 75.
 1, 24: VII, 72. 73.
 2, 8: VI, 48.
 2, 15: I, 3.
 8, 6: II, 13.
 10, 20: VIII, 83.

2 Corintios

3, 5: III, 16.
 5, 16: V, 43.
 5, 21: VI, 60.
 5, 21: VII, 76.
 13, 4: VII, 75.

Gálatas

3, 13: VI, 60.
 4, 4: VI, 53.
 4, 8: VIII, 82. 83. 86.

Efesios

4, 10: VII, 68. 73.
 4, 13: VII, 68.

Filipenses

2, 7: V, 41.

Colosenses

1, 15: X, 109. 110. 112.
 1, 16: IX, 99.
 2, 9: V, 38; VI, 56; VII, 73; X, 110.
 2, 14. 15: VI, 56.
 2, 18: VII, 71.
 2, 19: IX, 104.

1 Tesalonicenses

1, 9: VIII, 83. 87.

2 Timoteo

2, 8: VI, 53.

Hebreos

1, 3: V, 43; VIII, 81; X, 108. 110.
 2, 9: V, 40.
 2, 17: IX, 104.
 13, 8: VI, 55.

1 Pedro

1, 16: X, 110.
 2, 22: VI, 60; VII, 76.
 4, 1: V, 44; VI, 52.

2 Pedro

1, 4: VIII, 82. 85.

1 Juan

1, 3: III, 21.
 3, 10: IX, 97.

Apocalipsis

1, 7.8: X, 114.

ÍNDICE DE AUTORES

Para las referencias hemos seguido el mismo criterio que en el índice bíblico.

Ambrosio: Intr., 19; I, 1. 2. 5; II, 6. 7. 8. 12; III, 16. 17; IV, 23; V, 35. 36. 37; VI, 48. 51. 55; VII, 63. 69. 72. 77; VIII, 80. 82; IX, 93. 94. 97. 98. 100. 101; X, 106. 114, 116.

Apolinar: Intr., 21; VI, 51. 52. 59; VII, 63. 64. 75.

Atanasio: Intr.; V, 37. 39. 40; V, 45; VI, 46. 47. 48. 49. 50. 54. 56. 58. 59. 60; VII, 70. 72. 78; IX, 91.

Basilio: Intr., 23; VIII, 80; IX, 93. 97. 99; X, 109.

Bellini, E.: Intr., 19. 22.

Berardino, A.di: Intr., 12. 16.

Casiodoro: Intr., 17.

Dámaso: V, 41; VII, 64. 76

Dudden, F. H.: Intr., 18.

Epifanio de Salamina: V, 37. 39. 40; V, 45; VI, 46. 47. 48. 49. 50. 54. 56. 58. 59. 60; VII, 70. 72. 78; IX, 91.

Eunomio: II, 7; IX, 93. 95. 96. 97. 98; X, 106. 107. 109.

Eusebio de Milán: Intr., 18.

Faller, O.: Intr., 14. 24.

Filón de Alejandría: Intr., 13.

Gregorio Nazianceno: Intr., 15. 22.

Grillmeier, A.: Intr., 15; VI, 47.

Gryson, R.: IV, 32.

Holl, K.: V, 37.

Juan Damasceno: Intr., 18.

León Magno: Intr., 18.

Lietzmann: VI, 51. 59; VII, 63. 64. 65. 75.

Mani: II, 8; IV, 24.

Marción: II, 8.

Maximino: VIII, 79.

Pablo de Samosata: II, 8.

Paredi, A.: Intr., 9. 10.

Paulino de Milán: Intr., 10. 17; I, 1.

Plotino: Intr., 10.

Simonetti, M.: Intr., 16. 19.

Simpliciano: Intr., 10.

Todisco, G.: Intr., 18.

Ulfila: X, 106.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Para las referencias hemos seguido el mismo criterio que en el índice bíblico.

Cristo: generación de: II, 8; asumió la carne: II, 8; III, 22; IV, 23; V, 56. 65. 69; VII, 63. 75. 77; IX, 103; asumió un alma perfecta: VII, 63. 65. 66. 67. 69; no pecó: VII, 64. 65. 69; padeció en la carne: V, 44. 45; VI, 52. 57; unidad de: VII, 75. 77. 78; Hijo de Dios, de naturaleza divina: IV, 32; V, 35; VIII, 83; IX, 113; testimonio de Juan y Pedro: IV, 28. 29; V, 32. 33; nacido de María: IV, 26; reconocer al Verbo en Cristo: III, 15; VI, 48.

Dios: Dios Padre: II, 6. 9; III, 19; VI, 47; VIII, 84; IX, 96. 105; Dios Hijo: II, 9; IV, 28. 29. 32; V, 35. 40. 44; VI, 47. 53. 57; VII, 71; VIII, 79. 83; IX, 104; Espíritu de Dios: VII, 72. 74; Verbo de Dios: VI, 48. 50. 52. 60; VII, 67. 76; naturaleza de Dios: II, 11; III, 16. 18. 20; IV, 25; V, 38; VII, 73; VIII, 81. 86. 87; IX, 94; imagen de Dios: X, 109. 110. 112; creador: III, 16; IX, 96. 102.

Encarnación: causa de: VI, 56.
Escritura: leer la Escritura: III, 14; VIII, 88; IX, 97; «ingénito» no está en la Escritura: VIII, 80. 81; IX, 93; X, 113; testimonio de Cristo: VI, 54; IX, 104; X, 110. 116.

Epicteto: de Atanasio contra: V, 37. 39. 40. 45; VI, 46. 47. 50. 52. 54. 56. 58. 60; VII, 78.

Espíritu: una divinidad con Padre e Hijo: II, 9; VI, 49; VII, 77; VIII, 84. 86; IX, 101; en la vida de Cristo: III, 16. 22; V, 39. 42; IX, 103; ingénito: IX, 93; no padeció: VII, 63; omnipotente: X, 116.

Fe: proclamar la fe: IV, 28. 32; fundamento de la Iglesia: V, 34; contenido de la fe: V, 35; VIII, 83.

Graciano: emperador: Intr., 10. 11. 16. 18. 20. 22-23; I, 1; VII, 80.

Hombre: V, 41. 42. 43; VI, 46; VII, 64; X, 111; naturaleza

- del: II, 12; Cristo en cuanto hombre: V, 39; VI, 54. 59; VII, 65. 68. 72. 76; hijo del hombre: IV, 29; IX, 97.
- Iglesia: los que están fuera de la: I, 5; el cuerpo de la: II, 10; como sacrificio: II, 10; los miembros de la: II, 10; los que persiguen a la: II, 11; la madre: II, 13; hijo de la: IV, 23; la nave: V, 34; el fundamento de la: V, 34.
- Ingénito: el término no está en la Escritura: VIII, 81; IX, 89. 90. 92; una naturaleza con el engendrado: VIII, 81; IX, 93; el Espíritu: IX, 93; el mundo: IX, 94.
- Jesús: no vino en apariencia: VI, 46; es uno VI, 46; asumió un alma: VII, 64; progresó: VII, 71. 72.
- Juan: testimonio: III, 15. 17. 21; junto con Pedro: IV, 28. 29.
- Juliano: emperador: Intr., 10; sacerdote arriano: Intr., 11.
- Liberio: Papa: Intr., 10.
- Marcelina: hermana de Ambrosio: Intr., 10. 13.
- Máximo: entrada en Milán: Intr., 11.
- Paladio de Ratiaria: polémica con Ambrosio: Intr., 19.
- Pedro: testimonio: IV, 27. 28. 29. 33; V, 43; en su carta: VIII, 82. 85.
- Persona: Padre e Hijo no son una única persona: VII, 77.
- Sabiduría: aplicado a Cristo: IV, 29; V, 41. 42; VII, 75; X, 111. 116; un misterio: IV, 29; humana: VII, 71. 72. 73; de Dios: VII, 73. 74.
- Sacrificio: de Caín: I, 2; de Abraham: I, 3; de Abel: I, 4; espiritual: I, 3; de la Iglesia: II, 10; de Cristo: VI, 54. 56; VII, 66.
- Sátiro: oración fúnebre en su honor: Intr., 14.
- Símaco: a la cabeza del Senado: Intr., 10.
- Sustancia: sustancia del Padre y del Hijo: III, 13; VI, 52. 57; VII, 77; IX, 95; X, 106. 107; sustancia de vida eterna: V, 37; sustancia del Padre, el Hijo y el Espíritu: V, 43; IX, 93; sustancia divina: VI, 50. 57. 58; de nuestra misma sustancia: VII, 76; propiedad de la sustancia: IX, 100; cualidad de la sustancia: IX, 99; sustancia del Ingénito y el Engendrado: IX, 93; naturaleza y sustancia: VIII, 83; X, 113; distinguir la sustancia y la carne: VII, 77. 78.
- Trinidad: ofrecer a: II, 11; una: VII, 77; divinidad trina: VII, 78.
- Valentín: IV, 25.
- Valentiniano II: emperador: Intr., 10. 11. 14.
- Virgen María: Cristo hijo de María: II, 6; se hizo carne de ella: VI, 50. 53; la naturaleza del Engendrado y de María: IX, 104.

ÍNDICE GENERAL

SIGLAS Y ABREVIATURAS	7
INTRODUCCIÓN.....	9
SAN AMBROSIO DE MILÁN	9
OBRAS DE SAN AMBROSIO	12
LA RESPUESTA DE AMBROSIO AL ERROR DE APOLINAR	14
EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR	16
Una respuesta doctrinal en forma de homilía	16
El porqué de un título	17
¿Cuándo se compuso?	18
Estructura y contenido de la obra	20
Texto y traducción	24

AMBROSIO DE MILÁN

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR

PORTE PRIMERA	27
Prólogo: el rechazo del sacrificio de Caín como prefiguración de la desaprobación divina de los herejes	27
Refutación de la herejía apolinarista	31
Refutación de la herejía apolinarista con el testimonio de Juan	32
Refutación de la herejía apolinarista con el testimonio de Pedro	38
Cristo, Hijo de Dios e hijo de María	41
La carne de Cristo no es una sola cosa con su divinidad ...	47
Cristo asumió un alma humana	53

PARTE SEGUNDA	61
Existencia y unicidad de la naturaleza divina en el Padre y el Hijo	61
El Padre y el Hijo son de la misma sustancia. La generación implica un origen y una relación, no una disimilitud	64
El Hijo, siendo imagen perfecta del Padre, comparte su misma sustancia	72
El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son omnipotentes ...	75
ÍNDICE BÍBLICO	79
ÍNDICE DE AUTORES	83
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS	85

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA*

AGUSTÍN DE HIPONA

- Confesiones (60)

AMBROSIO DE MILÁN

- La penitencia (21)
- El Espíritu Santo (41)
- Explicación del Símbolo - Los sacramentos - Los misterios (65)
- El misterio de la Encarnación del Señor (66)

ANDRÉS DE Creta

- Homilías marianas (29)

ATANASIO

- La encarnación del Verbo (6)
- Contra los paganos (19)
- Vida de Antonio (27)

BASILIO DE CESAREA

- El Espíritu Santo (32)

CASIODORO

- Iniciación a las Sagradas Escrituras (43)

CESÁREO DE ARLÉS

- Comentario al Apocalipsis (26)

CIPRIANO

- La unidad de la Iglesia - El Padrenuestro - A Donato (12)

* Se indica entre paréntesis el número de volumen.

CIRILO DE ALEJANDRÍA

- ¿Por qué Cristo es uno? (14)

CIRILO DE JERUSALÉN

- El Espíritu Santo (11)

CROMACIO DE AQUILEYA

- Comentario al Evangelio de Mateo (58)

DIADOCO DE FÓTICE

- Obras completas (47)

DIDIMO EL CIEGO

- Tratado sobre El Espíritu Santo (36)

EPIFANIO EL MONJE

- Vida de María (8)

EVAGRIO PÓNTICO

- Obras espirituales (28)

GERMÁN DE CONSTANTINOPLA

- Homilías mariológicas (13)

GREGORIO DE NISA

- La gran catequesis (9)
- Sobre la vocación cristiana (18)
- Sobre la vida de Moisés (23)
- La virginidad (49)
- Vida de Macrina - Elogio de Basilio (31)

GREGORIO MAGNO

- Regla pastoral (22)
- Libros morales/1 (42)
- Libros morales/2 (62)

GREGORIO NACIANCENO

- Homilías sobre la Natividad (2)
- La pasión de Cristo (4)
- Fuga y autobiografía (35)
- Los cinco discursos teológicos (30)

GREGORIO TAUMATURGO

- Elogio del maestro cristiano (10)

HILARIO DE POTTIERS

- Tratado de los misterios (20)

JERÓNIMO

- Comentario al Evangelio de san Marcos (5)
- La perpetua virginidad de María (25)
- Comentario al Evangelio de Mateo (45)
- Comentario al Eclesiastés (64)

JUAN CRISÓSTOMO

- Las catequesis bautismales (3)
- Homilías sobre el Evangelio de san Juan/1 (15)
- Homilías sobre el Evangelio de san Juan/2 (54)
- Homilías sobre el Evangelio de san Juan/3 (55)
- Comentario a la Carta a los Gálatas (34)
- Sobre la vanagloria, la educación de los hijos y el matrimonio (39)
- La verdadera conversión (40)
- Sobre el matrimonio único (53)
- Diálogo sobre el sacerdocio (57)

JUAN DAMASCENO

- Homilías cristológicas y marianas (33)
- Exposición de la fe (59)

LEÓN MAGNO

- Cartas cristológicas (46)

MÁXIMO EL CONFESOR

- Meditaciones sobre la agonía de Jesús (7)
- Tratados espirituales (37)

MINUCIO FÉLIX

- Octavio (52)

NICETAS DE REMESIANA

- Catecumenado de adultos (16)

NILO DE ANCIRA

- Tratado ascético (24)

ORÍGENES

- Comentario al Cantar de los Cantares (1)
- Homilías sobre el Éxodo (17)
- Homilías sobre el Génesis (48)
- Homilías sobre el Cantar de los Cantares (51)

PADRES APOSTÓLICOS (50)

PEDRO CRISÓLOGO

- Homilías escogidas (44)

RUFINO DE AQUILEYA

- Comentario al símbolo apostólico (56)

TERTULIANO

- El apologético (38)
- A los mártires - El escorpión - La huida en la persecución (61)
- A los paganos - El testimonio del alma (63)

Editorial Ciudad Nueva

FUENTES PATRÍSTICAS

SECCIÓN TEXTOS:

- 1 - IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Cartas* - POLICARPO DE ESMIRNA, *Carta* -
Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelio
2ª Ed., 320 págs.
- 2 - IRENEO DE LIÓN, *Demostración de la predicación apostólica*
2ª Ed., 272 págs.
- 3 - Didaché - *Doctrina Apostolorum* - Epístola del Pseudo-Bernabé
256 págs.
- 4 - CLEMENTE DE ROMA, *Carta a los Corintios* - Homilía anónima
(Secunda Clementis)
240 págs.
- 5 - CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *El Pedagogo*
746 págs.
- 6 - HERMAS, *El pastor*
314 págs.
- 7 - CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata I*
478 págs.
- 8 - NOVACIANO, *La Trinidad*
320 págs.
- 9 - GREGORIO DE ELVIRA, *Tratados sobre los libros de las Santas
Escrituras*
480 págs.

- 10 - CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, Stromata II-III
560 págs.
- 11 - GREGORIO DE ELVIRA, La fe
200 págs.
- 12 - AMBROSIO DE MILÁN, Sobre las vírgenes y sobre las viudas
328 págs.
- 13 - GREGORIO DE ELVIRA, Comentario al Cantar de los Cantares y
otros tratados exegéticos
272 págs.
- 14 - TERTULIANO, «Prescripciones» contra todas las herejías
336 págs.
- 15 - CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, Stromata IV-V
640 págs.
- 16 - TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, A Autólico
336 págs.
- 17 - CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, Stromata VI-VIII
704 págs.

SECCIÓN ESTUDIOS:

- 1 - ANTONIO ORBE, Estudios sobre la teología cristiana primitiva
920 págs.
- 2 - RAMÓN TREVIJANO, Estudios sobre el Evangelio de Tomás
456 págs.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.